



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Manuel Revilla Peñaranda**

© 2017, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Manuel Revilla Peñaranda

María Alejandra Domínguez

Maquetación

Daniela Alcalá

Impresión

QP Print

Revisión

Daniel García P.

Ilustración de portada

Amparo Madera Albors

Fotografía de solapa

Juan José García Fernández

Ilustraciones interiores

Manuel Revilla Peñaranda

Primera edición: **octubre de 2017**

Depósito Legal: B 23153-2017

ISBN: 978-84-17142-14-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Manuel Revilla Peñaranda

Valores y Reinos

Parte II



Nova Casa Editorial



A mis hermanas

A mis padres

*A todas las personas que en algún momento de la vida
se cruzaron conmigo y, para bien o para mal,
me hicieron ser como soy.*

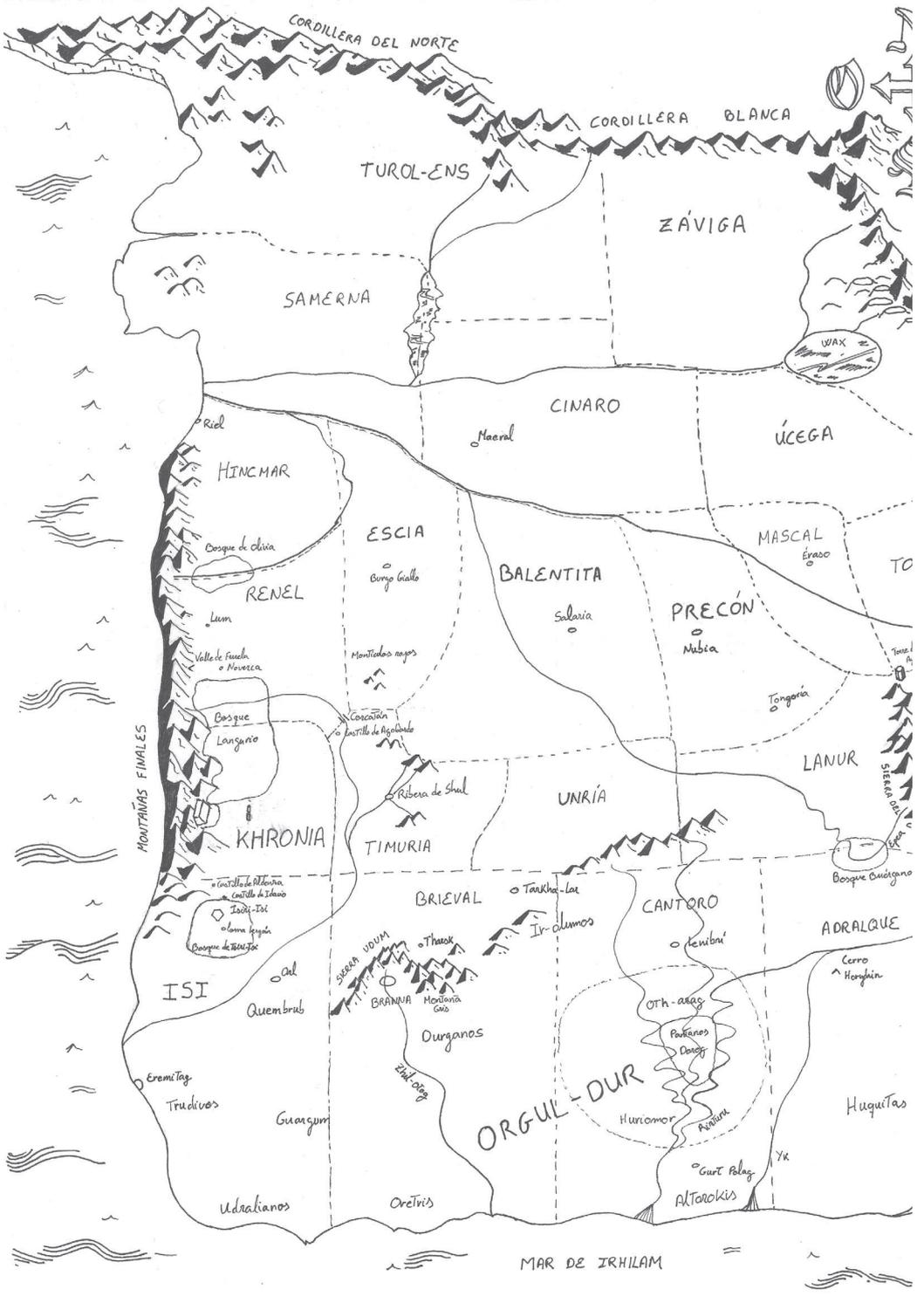


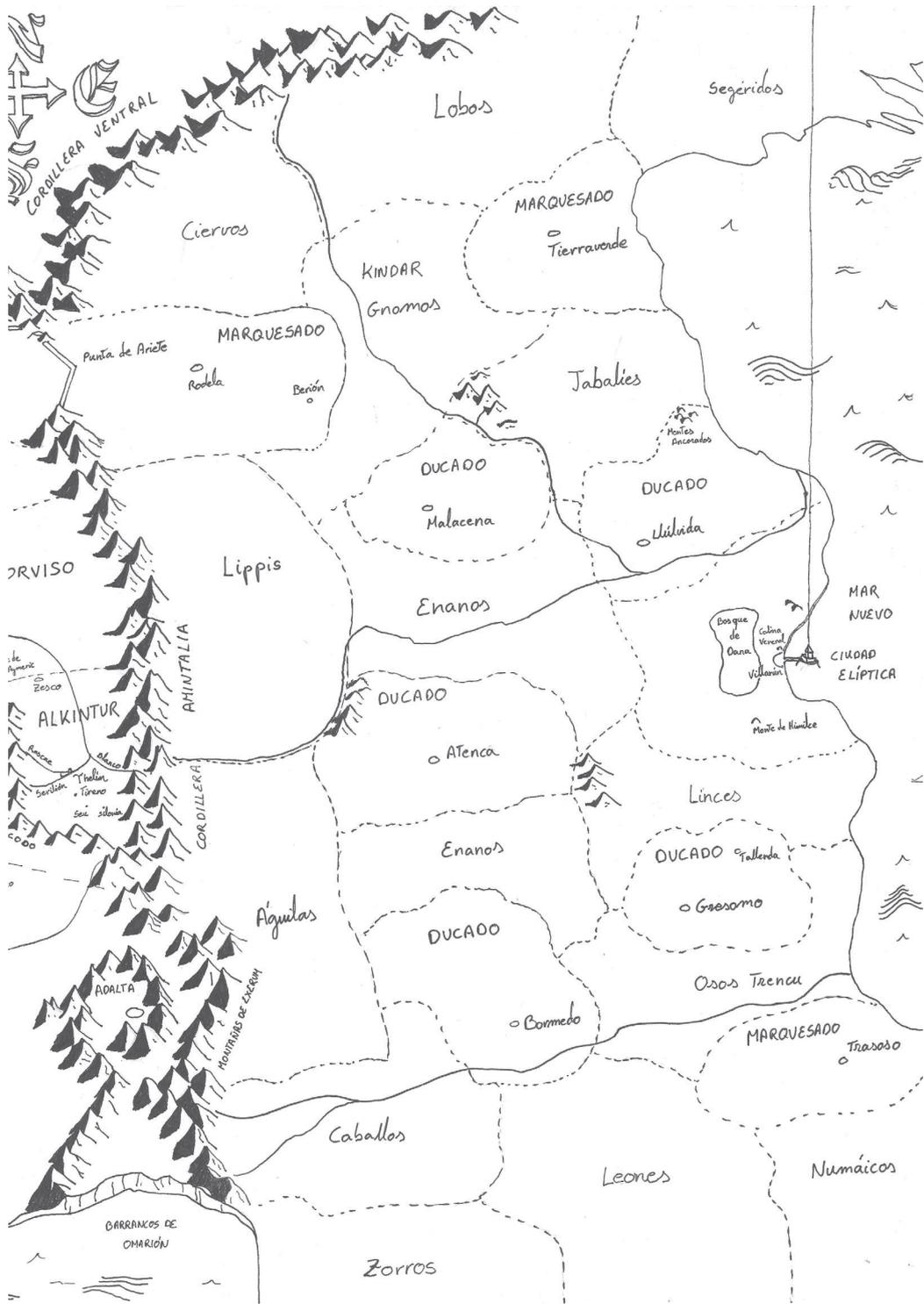
Índice

Parte II	13	54	181
40	15	55	191
41	29	56	199
42	39	57	205
43	49	58	217
44	77	59	227
45	87	60	245
46	99	61	267
47	107	62	273
48	121	63	281
49	131	64	289
50	147	65	303
51	153		
52	157	Lista de	
53	165	personajes	313



II







Harte II



Fsteban daba grandes bocados a una hogaza de pan al mismo tiempo que desgarraba con los dientes una barra de cecina. El gusto de aquella carne seca no le recordaba a ningún animal que hubiera comido antes, pero el hambre que tenía le hacía ignorar su procedencia y engullirlo como si fuera el más sabroso manjar. Sobre la pequeña mesa, tenía una jarra de vino a la que daba pequeños sorbos para remojar su garganta y evitar que se quedase allí atascado lo que comía. Su espalda reposaba inquieta sobre el respaldo de su silla perfectamente orientada para poder vigilar al mismo tiempo la puerta de entrada a la espaciosa sala y la gran mesa donde se encontraba Damián. La tahurería en la que estaban se hallaba ubicada en la parte baja de Khronia y aunque la zona era peligrosa y poco transitada, era allí donde se jugaban los dineros y las pertenencias los vasallos de alcurnia, barones y señores acaudalados.

El joven observaba cómo Damián recogía los dados y los lanzaba sobre la mesa. Se comenzaba una nueva partida y los jugadores debían saber quién era el que empezaba.

—¡Quince!, un buen número para ser el primero—dijo Damián a sus oponentes.

—No tan rápido Damián —le contestó el jugador situado a su diestra mientras recogía los tres dados de encima de la mesa.

Con un ágil movimiento de manos, el viejo barón arrugado por la edad, sorprendió a todos cuando sacó diecisiete puntos.

—¡Y me ha faltado poco para sacar par de seises en los tres dados! —dijo riendo con la boca desdentada.

La sala donde jugaban se encontraba en aquellas horas del atardecer abarrotada de gente bebiendo y comiendo mientras disfrutaban de los juegos que les proporcionaba el tablajero. No todos ellos jugaban a los dados, algunos señores preferían apostar sus posesiones en juegos de tablas, que se hallaban apoyadas sobre una rica alfombra en el suelo, sentados los jugadores a su alrededor sobre confortables cojines de colores. El ruido de las fichas moviéndose por los tableros se unía a los secos golpes de los dados y a la algarabía general, llegando en algunos momentos a ocultar la entretenida melodía que se esforzaba en tocar un músico de vistoso atuendo con su laúd. El atento tablajero recorría las mesas, recogiendo los dados o los tableros que ya no se usaban, y los colocaba otra vez según fuese requerido por los allí presentes, mientras que su hijo recorría la sala sustituyendo las velas consumidas por otras nuevas en los múltiples candelabros que había sobre las mesas, las paredes y las bajas lámparas. El tablajero no quería que a sus clientes les faltase ni luz ni juego para mantenerlos allí toda la noche si fuese preciso, mientras su mujer y su hija repartían generosas jarras de vino y viandas al tiempo que se cobraban sus servicios.

Tras la tirada de los seis jugadores el viejo barón volvió a reír con ojos pícaros, por ser él el que tirase el primero en la nueva partida. Las apuestas habían ido aumentando a lo largo de la tarde y en aquel momento cada jugador debía poner sobre la

mesa dos monedas de plata para poder participar. Sin apartar los ojos de la torre de doce relucientes monedas en el centro de la mesa, cogió dos dados con su huesuda mano y remojándose los labios con la lengua, los lanzó a la mesa siguiéndolos rápidamente con la mirada.

—Un par de treses... mmm, no me gusta, pero ese es mi azar.

Agitó su mano diestra con el dado que faltaba en el interior y lo lanzó bajo la atenta mirada del resto.

—Y un cinco... en total once —dijo contrariado el viejo.

Esteban giró la cabeza para mirar a la hija del tablajero, una chica entrada en carnes que aparentaba ser toda una mujer a pesar de su poca edad. Su prominente desarrollo hacía que ya luciera un escote tan abultado como el de su madre, lo que provocaba que los jugadores se distrajeran cuando ella pasaba a su lado o se inclinaba para servirles más bebida. El tablajero era consciente de las miradas libidinosas de los jugadores, pero sabedor de que las mujeres atraían más a los hombres a su tahurería, las dejaba pasear entre sus clientes con vistosos golpes de cadera. Si algún cliente quería algo más también podía ofrecerle algún lecho caliente con alguna de las chicas que tenía en la casa de lenocinio contigua y si algún cliente elegía a su hija, todo sería cuestión de negociar, pues al fin y al cabo su época de doncella había terminado hacía mucho tiempo ya.

El joven seguía con la mirada a aquella joven sin poder dejar de compararla con Zione. Evidentemente aquella chica de pelo rizado castaño y curtida piel no salía bien parada con respecto a la belleza y delicadeza de la maga. Los toscos movimientos con los que se desenvolvía entre los grupos de hombres y sus elevadas carcajadas desmerecían siquiera la comparación, pero quizá fuese la forma de su cuello o el contorno de sus ojos lo que le recordaba a la maga, impidiéndole dejar de mirarla.

Hacía ya tres meses que había llegado a Khronia y ese era el tiempo en que no la había vuelto a ver. Su corazón estaba entristecido por ello y sus pensamientos se tornaban en muchas ocasiones pesados y opresivos. ¡Hacía tanto tiempo que no veía a nadie conocido! ¡Hacía tantos meses que no veía a sus seres queridos! Sus pensamientos escapaban por la noche pensando en sus padres y en sus hermanos, de los que nada sabía. En varias ocasiones había preguntado a Damián si había oído alguna noticia del ministro pesquisidor y de los humanos que le acompañaron desde la torre de Aymeric, pero siempre había obtenido una respuesta negativa. Nada se sabía de los que partieron con él y apenas se sabía nada de Greg.

Esteban recordaba continuamente la pelea que provocó el gran capitán orco de la pluma roja en la que participaron sus hermanos y que había hecho que el ministro los seleccionase para llevarlos consigo. En muchas ocasiones se imaginaba entrando en la pelea él mismo y tumbando a puñetazos al enorme orco y en no pocas ocasiones se imaginaba entrando en la pelea y recibiendo un gran puñetazo que le hacía caer y caer por un profundo despeñadero sin que sus hermanos pudieran hacer nada. En su caída se sentía solo y abandonado y aunque la angustia le hacía salir rápidamente de su sopor, la sensación permanecía con él durante horas. El maldito orco le había separado de sus hermanos y el odio que sentía hacia él era intenso. Cada vez que pensaba en ello un acto reflejo le hacía apretar el puño con fuerza. Si él hubiera sido más fuerte o más valiente, no hubiera dudado en matarle cuando pudo; de esa manera no se hubiera quedado solo, como estaba ahora. Quizá si hubiera ocurrido eso le hubieran matado a él al instante, pero posiblemente eso no habría sido peor que la vida que llevaba ahora. Desde que Damián le cogió como protector y le llevó con él a su

casa, tenía la obligación de acompañarle a todos los lados como si fuera su propia sombra y velar por su seguridad en la ciudad más peligrosa de Isi. No se podía quejar de que no estuviera bien alimentado, al contrario que otros jóvenes que deambulaban por las calles de Khronia de cuerpos esqueléticos; ni tampoco de no tener un techo para pasar el frío invierno, pues Damián le había proporcionado una alcoba al lado de las caballerizas de su casa, pero en estos meses de convivencia con él había tenido que hacer cosas que no hubiera imaginado nunca.

—Tendremos que cortarte un dedo de la mano si no sacas pronto un par —dijo jocosamente Damián a Dagoberto, uno de los señores vasallo del conde Alcuino de Hincmar.

El señor volvió a coger los dos dados para rápidamente lanzarlos sobre el tablero, sin que consiguiera tampoco obtener su ansiado par.

—¡Id afilando vuestras dagas! —instó al resto de jugadores el maestro constructor.

Dagoberto lanzó nuevamente los dados, que rebotaron varias veces por la mesa hasta mostrar sobre su cara superior un par de doses.

—Está claro que hoy no es mi día —resolló el señor.

—¡Olvídate de tus monedas! —añadió el viejo barón.

—¿Os he contado ya que en mi camino hacia Khronia junto con las tropas del rey, nos atacaron en la noche las hadas? —preguntó Damián mientras levantaba su copa para darle un buen sorbo.

—¡Ah! Esas putas rencorosas —exclamó Etelsedo, un barón de Khronia al servicio de la corte—. Un día tendremos que limpiar los bosques de su presencia.

—Mientras dormíamos liquidaron a varios de los campesinos con los que viajaba. Los ignorantes no sabían del letal poder que envuelve su belleza.

—¡Malditas enanas aladas! ¡Las atravesaría con mi espada a decenas! —rugió Etelsedo—. A mi joven sobrino lo mataron ellas, sin llegarle a crecer la barba en el rostro.

Esteban se reclinó para atrás y miró las lámparas del techo, dejando que su enmarañada melena rubia quedase colgando tras su espalda. Desde que había salido de Thelín, no había tenido tiempo de arreglarse el pelo ni tampoco apenas tiempo para cuidar su cuerpo. Subió su brazo siniestro por encima de su cabeza para dejar caer desde su mano el último pedazo de pan que le quedaba. El trozo cayó certeramente en su boca abierta, que le esperaba salivando. La manga de su camisola cayó sobre su hombro y quedó mirando su brazo amoratado y sus manos sucias. Si una cosa no había dejado de hacer desde que llegó a Khronia era ejercitarse y recibir golpes. Damián había pagado a un maestro gimnástico para que le enseñase en las artes del combate y a los pocos días de llegar ya se encontraba entrenando su cuerpo todas las mañanas en agilidad, fuerza y resistencia y aprendiendo el manejo de armas cortas. Los combates con su maestro eran duros y agresivos y muchos días había acabado con el labio o la ceja partidos y con el cuerpo contusionado y magullado. Al mediodía trabajaba con los sirvientes de la casa de Damián, colaborando con las tareas diarias para ganarse el sustento que recibía y la inversión que su señor estaba realizando en él y por las tardes debía acompañarlo allá donde fuera y hacer todo lo que le pidiese.

—¡Jaja, un par de seises! —rió Bernardo, al que llamaban el Tuerto por faltarle un ojo—. ¡Esas monedas llevan mi nombre!

Esteban volvió a bajar la cabeza y miró a los compañeros de Damián en la partida de dados. Allí se encontraba una pequeña representación de la baja nobleza del Oeste. Durante los últimos meses el maestro constructor se había movido mucho

por Khronia, atareado en múltiples proyectos desde que viniese de Torviso. La gran cuadrilla de peones que trabajaban afañosos para él levantaba grandes construcciones con las piedras de las montañas que les traían los canteros y con los que trataba Damián. Todavía le daban escalofríos cuando su señor se enteró de que uno de los canteros se negaba a seguir trabajando para él y de que había peleado con uno de sus peritos artesanos que organizaban las obras. Esa tarde acompañó a su señor a la choza donde vivía el cantero y tras encontrarlo allí cogido de improviso con su mujer, le hizo amordazarlos y propinarles una tremenda paliza tanto a él como a ella, acusándolos de traición al reino, hasta que el cantero juró que volvería a suministrarle las preciadas piedras de sillería que tanto necesitaba el maestro constructor. Y bien era cierto que Damián había progresado vertiginosamente desde que llegasen de su viaje y aunque en esas ocasiones no le había acompañado, su señor había visitado el castillo del rey media docena de veces, siempre engalanado con sus mejores ropajes y siempre con el ligero nerviosismo que invadía a todo aquel que se adentraba en sus estancias. Así que Esteban no sabía si, directamente el rey, o por encargo de alguno de sus ministros, le había ordenado la construcción de nuevos edificios, molinos y murallas, haciendo que negarse a trabajar para él, cuyas construcciones eran órdenes reales, fuese ir contra el reino. Sus habilidades con la trigonometría, geometría y matemática, utilizadas para calcular la posición, los grosores y las formas de los elementos que sostenían sus grandes estructuras generaban el asombro del pueblo; y su sentido del arte en las esculturas, relieves y demás adornos y ornamentos habían hecho que sus construcciones, además de funcionales, fueran admiradas tanto por la plebe como por la nobleza. No en vano Khron se había fijado en él. El dinero y los

terrenos con los que era pagado por sus servicios le habían hecho superar el estatus de su padre, quien siempre trabajó a pie de obra y vivió en una modesta casa. Pero a pesar del dinero y de la posición que ahora gozaba, lo importante para él era la magnífica sensación de que con sus creaciones ensalzaba los valores del reino y proyectaba el poder y la grandeza del rey.

—¡A mi par le sumo cuatro... en total dieciséis! —gritó el Tuerto exaltado.

A pesar de la grandeza de los edificios de Khronia, Esteban no se acababa de acostumar a ella, a la gran cantidad de gente que se agolpaba en sus calles por el día y a las oscuras y tenebrosas criaturas que la recorrían de noche. Ruidosa hasta la locura y maloliente hasta la arcada. No había día que no apareciera algún cadáver por sus calles, que los soldados de Khron sacaban diligentemente de la ciudad para alimentar a las bestias, sin pararse a investigar las causas de la muerte. Por las calles de la ciudad siempre se decía que si había alguna muerte en Khronia era porque el rey así lo quería, y la preocupación se evaporaba de las cabezas en segundos. Y es que si había habido algo que había aumentado en la ciudad, eran las muertes de todo tipo de criaturas, cuyos cuerpos aparecían colgados en las murallas ya fuese por el cuello, los brazos o los pies y cuyos gritos de agonía hasta la expiración se sumaban al ruido continuo de las calles. Su delito, la traición por haber colaborado de alguna manera con los orcos rebeldes y su castigo, la muerte. Decenas de orcos, varios trolls e incluso media docena de trasgos yacían recién colgados fuera de la muralla y sus cuerpos picoteados por las aves carroñeras mostraban al pueblo el resultado de su traición.

—Ahora me toca a mí —dijo Damián, el último en tirar mientras cogía un par de dados y los lanzaba conteniendo la respiración.

No fue a la primera sino a la segunda cuando obtuvo un par de cincos que le permitieron respirar. El resto de los jugadores le miraban intranquilos. No se explicaban cómo, pero en los últimos días que habían jugado, Damián siempre comenzaba perdiendo cuando la suma de monedas era pequeña y luego acababa tornando el azar para sí, consiguiendo las apuestas más fuertes. ¿Acaso hacía trampas? Los dados habían sido inspeccionados por todos los jugadores al comienzo de la partida prefiriendo los fabricados en marfil a los de madera o metal. Sus caras y aristas habían sido comprobadas a la perfección para que no estuvieran torcidas y se habían hecho rodar para verificar que el peso no estuviera descentrado.

El maestro constructor se rascó con el dado restante la calva y luego lo limpió con su pernera. A continuación lo lanzó a la mesa obteniendo ante la sorpresa de todos un seis. Bernardo soltó un bufido de irritación.

—El Tuerto y Damián han tenido un encuentro a dieciséis. Entre ellos está el ganador —proclamó el viejo barón golpeando con su copa la mesa y terminándosela de un trago.

—Imagino que ambos no flaquearán ahora si la apuesta vuelve a subirse —presionó Pipino, el barón de Piedra Afilada, cuya jugada de dados había acabado en un nueve, siendo eliminado de esa partida.

—¡Claro que no! —soltó rápidamente el Tuerto—. Mi mano no tiembla nunca. Añado a esta ronda mi hermosa capa bordada con los blasones del condado de Unría.

—Añadiré yo entonces mi fíbula cincelada en plata para abrochar tan delicada capa.

Los nobles miraron el valioso adorno ricamente decorado con filigranas.

—¿No os es suficiente la capa? —preguntó enfadado el Tuerto, viendo la reacción de los presentes ante la subida de valor del maestro constructor—, ¡añadiré pues, este collar de oro! —exclamó mientras se lo desabrochaba de su grueso cuello.

El resto de los jugadores dejaron escapar al unísono una exclamación de sorpresa, haciendo que los grupos de hombres que se hallaban a su alrededor desviasen su atención hacia ellos.

Damián observó cómo los ojos se multiplicaban en torno suyo y sin pensárselo dos veces, sacó de su cinto una daga de mango de oro con pequeñas incrustaciones de esmeralda. Tanto los jugadores como los espectadores admiraron con los ojos muy abiertos las dos piezas de oro que relucían en la mesa ante la luz de las velas. El tuerto lanzó los tres dados para ver quién era el que comenzaba primero. Tras su lanzamiento obtuvo una suma de siete. El maestro recogió los dados y los dejó caer sobre la mesa. Los asistentes quedaron asombrados. Los tres dados mostraban tres unos en sus caras superiores. La gente no podía dar una explicación concreta a esto, pero sacar tres unos en la ronda de designación de turnos, no daba nunca buen presagio.

Esteban observaba a la multitud en torno a la mesa donde se estaba jugando a la riffa. Damián miraba nervioso a su oponente sabiendo que su tirada de unos le podía haber cambiado el destino. Los nervios y la tensión comenzaban a acumularse en torno a la mesa de juego. El tablero observaba desde la puerta de su bodega con inquietud el desenlace del mismo e incluso el músico había dejado de tocar. No eran aquellos nervios más que el reflejo de lo que vivían los ciudadanos de Khronia ante el avance de los orcos rebeldes. La guerra había distorsionado las costumbres de los habitantes de la capital, cuyo trabajo era ahora requerido en los talleres para la fabricación de armas y en el acopio de provisiones para alimentar a los soldados

en campaña. El movimiento de soldados era constante, pero las noticias que llegaban eran pésimas.

El Tuerto lanzó su par de dados, que entrechocaron entre ellos antes de reposar sobre la mesa. En su primer lanzamiento obtuvo un par de doses, quedándose petrificado. Con un ligero carraspeo cogió el tercer dado, lo dejó caer rodando por la palma de su mano y obtuvo un tres. En total siete.

Era el turno de Damián quien, motivado por la mala puntuación de Bernardo, agitó nerviosamente los dados entre sus manos y los lanzó, sin llegar a obtener un par. Tuvo que repetir hasta cuatro veces su lanzamiento para ver cómo, tras rebotar los dados sobre la mesa, aparecieron orientados hacia arriba dos puntos negros, uno en cada uno de los dados. La gente comenzó a murmurar alrededor de la mesa. Damián parecía estar acabado y abocado a la pérdida de su dinero y sus valiosas pertenencias, mientras que el Tuerto recobraba un poco el color de su cara. Damián movía nerviosamente los labios al tiempo que entrelazaba sus manos para estirar los dedos. Cuando se sintió seguro, cogió el tercer dado y lo hizo pasar entre los dedos de su mano diestra con ágiles movimientos. Tras varios segundos de malabares lo atrapó con la mano, colocó el dorso hacia arriba y la abrió al tiempo que giraba la muñeca, impulsando el dado para que rodara sobre la mesa. Todos los ojos siguieron el recorrido que hizo el dado hasta acabar chocando con los otros dos, y tras girar sobre uno de los vértices, cayó mostrando un seis en su cara superior.

—Dos y seis, ocho, así que... he ganado —dijo simplemente Damián contemplando cómo el Tuerto miraba atónito con su único ojo los seis puntos del dado.

Los presentes soltaron gritos de júbilo por habérselo pasado tan bien viendo la partida e incluso alguno golpeó en el hombro

a Damián, felicitándole por haber ganado. Esteban rio y se reclinó nuevamente sobre el respaldo de su silla, dejándose ensimismar nuevamente en sus pensamientos; mas cuando Damián fue a coger los beneficios de su apuesta, el Tuerto dirigió su mirada al siervo que le acompañaba, señalando ligeramente con su barbilla al maestro constructor y en escasos segundos y sin que nadie se percatase, Damián se encontró con un afilado puñal a escasos centímetros de su cuello. El siervo del Tuerto había ganado la posición diestra de Damián y amenazaba con rebanarle la garganta.

—¡Has hecho trampas Damián! —gritó Bernardo—. ¡Nos estás engañando! De alguna manera has corrompido el juego para que salga un seis. ¡El azar no te favorecía hoy!

Esteban pensaba en la violencia de la ciudad y en la guerra, y se sentía desprotegido en aquellos momentos tan duros sin la presencia de sus hermanos que siempre habían velado por él pero, ya que le habían dejado solo y su vida ahora era otra, el fuerte debería ser él. El joven se levantó alertado ante el grito del Tuerto, percatándose al instante de lo que pasaba. Dio un par de zancadas y sin pronunciar la mínima palabra, agarró con su brazo siniestro el brazo armado del siervo, le asestó en toda la cara un poderoso codazo con el brazo diestro, que le rompió instantáneamente la nariz haciéndole gemir de dolor. Volvió a golpearle con el codo en el estómago, provocándole un encorvamiento hacia adelante y una relajación de las extremidades y, tras golpear la mano armada contra la mesa haciéndole soltar el cuchillo, cogió la daga de Damián con su diestra y le clavó la mano a la mesa con ella.

Los curiosos se apartaron rápidamente de la mesa e incluso los nobles corrieron hacia atrás sus sillas ante aquel inesperado espectáculo. El siervo sangraba abundantemente por la

nariz y por la mano rígida y estirada que se hallaba retenida en la mesa. Esteban le mantenía la cabeza agachada presionándole el cuello con las manos dejándole inmóvil. Damián se levantó y arrancó de un rápido movimiento su daga de la mano, limpiando la afilada hoja en la manga del siervo.

—¡No oses otra vez llamarme tramposo, Bernardo! —dijo Damián apuntando con la daga al Tuerto—. Y mucho menos ordenar a uno de tus siervos amenazarme. La próxima vez Esteban no será tan generoso con ambos.

El maestro constructor recogió de la mesa sus pertenencias, las monedas, la capa y el collar de oro de Bernardo, mientras este le miraba sin moverse de su silla. Damián hizo un ligero gesto a Esteban y ambos salieron de la ahora silenciosa sala bajo la mirada de los presentes.

A la salida, uno de los mozos acercó a la carrera los caballos de Damián y de Esteban. El maestro constructor se subió al suyo ayudado por el joven y el mozo y comenzó a abrocharse con su fíbula la lujosa capa del Tuerto tras haberse colocado al cuello su collar. Esteban montó de un salto en su caballo y, situándose tras él para vigilar su retaguardia, se alejaron de allí al trote. Entre las luces y sombras de las antorchas que iluminaban las callejuelas, Esteban creyó ver cómo Damián lanzaba al aire un dado y lo volvía a coger. Lo que ya no pudo oír fue la risa interna de su señor al recordar cómo había cambiado el dado del tablajero por el suyo en la tirada final y cómo lo había vuelto a cambiar al recoger aquel magnífico collar.



Dugt observaba Isiri-Isi con sus profundos ojos grises desde una alta torre sobre la loma de Lergán. Con sus más de treinta metros de altura, podía divisar subido en ella la amurallada ciudad al Norte. Su vista ya no era la misma que cuando era joven, así que se hacía valer de un vigía a su lado para que le relatase los detalles que él ya no podía distinguir. Aquella mañana, parecía que todo estaba en calma.

A los pies de la torre, se había levantado uno de los siete campamentos que rodeaban la ciudad. El campamento de Lergán había sido construido tan solo unos días después del fallido intento de su conquista. La loma había sido despejada de vegetación en apenas dos semanas, manteniendo tan solo unos pocos árboles sobre los que se apoyaban las rústicas cabañas de madera, construidas por los orcos para pasar el invierno. El general había mandado levantar alrededor de cada campamento una doble empalizada de afilados troncos colocados en vertical. Y bordeando esta punzante barrera había ordenado cavar un pequeño foso, que obligaba a acceder al campamento por un puente levadizo. La gran riqueza maderera de aquellos bosques había hecho posible que día a día y poco a poco

los orcos hubieran ido prolongando aquellas empalizadas hacia los campamentos adyacentes, dejando encerrada completamente la ciudad del conde. El hecho de que hubieran tomado no solo el castillo del barón Idacio, sino también el de la vizcondesa Aldonza aún más al Norte, daba a entender la obsesión de los orcos por cortar definitivamente el suministro hacia el ancestral asentamiento humano. Se decía que el cuerpo de la vizcondesa había sido cruelmente despedazado, tras resistir valientemente durante dos días con sus noches un ataque directo sobre su ciudadela, provocando la ira de Ougt y de sus orcos. Orcos que finalmente acabaron poseyendo esas dos fortalezas situadas a ambos lados de la gran vía que unía Isiri-Isi con la capital, asegurándose el bloqueo total de mercancías. Ya solo era cuestión de esperar a que la ciudad cayera en sus manos como fruta madura.

Durante los primeros días de primavera, las nieves que aún permanecían intactas, ocultas al astro de fuego, comenzaron a derretirse ante la subida de temperaturas, dando por finalizados los intensos días de frío del invierno. Una estación que había mantenido en la quietud a la mayoría de los animales del reino, pero no así, a las criaturas superiores.

Isiri-Isi había sido atacada en repetidas ocasiones, provocando el continuo desgaste de sus habitantes. Habían intentado incendiarla en varias ocasiones lanzando centenares de bolas de esparto impregnadas en grasa y envueltas en llamas, pero los habitantes de la sitiada ciudad se habían movilizado siempre muy deprisa tanto de día como de noche, sofocando los fuegos allí donde se prendían y evitando por todos los medios que se avivaran. Tan solo habían logrado destruir varias decenas de casas, sin que se llegara a provocar el caos que esperaban los asaltantes. En otras ocasiones habían lanzado

cadáveres al interior, tanto de humanos como de animales, con el fin de corromper el ambiente de la ciudad y enfermar a sus gentes, pero el lanzamiento de cuerpos inertes había sido retomado por los sitiados, devolviendo hacia los bosques los cadáveres lanzados, añadiendo además los de aquellos habitantes que morían. Incluso en alguna ocasión se habían llegado a utilizar las catapultas para tirar al exterior las inmundicias que comenzaban a acumularse por los rincones de las calles y las murallas. Tan solo una vez el general había ordenado atacar la puerta Sur, habiendo fabricado para ello un gran ariete, mas en aquella ocasión pudo comprobar que las fuerzas de los fieles al reino, aun mermadas en su encierro, repelieron el ataque concentrando todos sus efectivos sobre las murallas, evitando que la primera puerta fuese derribada, aunque sí descerrajada. La debilidad de su entrada Sur fue entonces la máxima preocupación del conde, que finalmente resolvió bloqueándola completamente, arrancando incluso piezas de mampostería de sus propias murallas para tapiar aquel acceso y que no pudiera ser terminado de derribar. Prácticamente cada día era un nuevo reto para el conde y sus vasallos, pues de continuo eran hostigados y encima en su situación, cualquier nimio problema interno se volvía una gran flaqueza y causa de riñas y altercados.

Desde el primer día Galberto comenzó a racionar el contenido de sus despensas y silos, repartiendo escrupulosamente a cada familia y a cada soldado lo que les correspondiera. El agua era un bien escaso, por lo que desde el primer momento tan solo se pudo utilizar para calmar la sed de tropas y animales, sin derrochar ni una sola gota en aseos o riegos. Toda la nieve fue recogida y depositada sobre grandes superficies de madera para que al derretirse pudiera ir reabasteciendo a las cisternas horadadas en la roca. Alimentarse con la escasa comida

y contada bebida durante las continuas semanas de sitio, hizo que la fuerza y salud de los soldados y los habitantes fuera decreciendo y malográndose y el cansancio y las caras de desánimo se convirtiesen en algo frecuente sobre las colinas.

La moral de los orcos fieles al reino era vapuleada diariamente desde la linde de los bosques, desde donde los rebeldes continuamente les incitaban al motín y a la unión a su causa. Les reprochaban el daño que estaban haciendo con su actitud a su especie y les amenazaban con horribles muertes en caso de que fueran cogidos con vida. Si no se rendían o hacían rendir la ciudad, les esperaban horribles torturas que tratarían de prolongar al máximo hasta que murieran. Los humanos de la ciudad no hacían mucho caso a los gritos de los orcos, principalmente porque no los entendían y también porque no temían la fidelidad de los orcos durganos reales que ya habían demostrado su valor y coraje en defensa de la ciudad durante la primera batalla. No obstante las escaseces que comenzaban a hacerse patentes a ojos vista en la ciudad y las continuas arengas de los rebeldes provocaron que una noche, cinco orcos que allí habitaban, regentando uno de los múltiples talleres, escapasen colgándose de una cuerda desde lo alto de las murallas, asfixiados como se sentían en su encierro. Corriendo hacia el bosque trataron de huir, pero tras rápidamente haber dado la alarma un vigilante que hacía su ronda, los arqueros apostados en las murallas los atravesaron con sus flechas por la espalda sin que ninguno de ellos llegara siquiera a alcanzar las proximidades de la linde. Este hecho, que apenas tuvo relevancia en el enfrentamiento por su rápido desenlace, provocó en cambio, que los humanos comenzasen a dudar de los orcos que había allí con ellos, y comenzaron a temer que si la presión y la escasez

que ya rozaba la desesperación, se prolongasen varias semanas más, podrían tener un serio problema dentro de sus murallas.

En dos ocasiones el conde había intentado romper el cerco siempre por el Norte y siempre en dirección a Khronia, pero los campamentos cercanos a la vía, y las dos fortalezas tomadas, hacían que el camino fuese extremadamente peligroso, y a pesar de haber realizado combates donde su caballería y su infantería habían ejecutado impecables cargas contra las defensas orcas, habían tenido que acabar regresando a la ciudad sin haber llegado a descomponerlas, perdiendo por el camino valerosos infantes y caballeros. El conde todavía se empeñaba en mantener con vida a sus caballos a pesar de la incipiente escasez de alimento, porque veía que si se libraba de ellos, sus fuerzas quedarían reducidas prácticamente a la defensa, sin medios con los que realizar un ataque. Se había visto forzado a ordenar que aquellos caballos que volvían heridos del combate y morían en la ciudad, fuesen utilizados para alimentar a sus hambrientas tropas antes que a la población, ya que necesitaba contar con un mínimo de soldados con fuerzas sobre las murallas, ante los continuos asaltos de los rebeldes. El conde prefería perder a ciudadanos del vulgo antes que a sus soldados, así que comenzó a colocar a los habitantes de la ciudad en los adarves, para que turnasen a sus mermados y exhaustos vigilantes. Algunos días, varias pequeñas tropas habían salido de las murallas para recorrer las cercanías del bosque y recolectar plantas y cazar animales con los que alimentarse, pero las tropas que patrullaban los bosques provenientes de los campamentos cercanos, hacían de esta tarea algo mortal. Las refriegas que se habían dado entre pequeños grupos de soldados reales y rebeldes, siempre habían acabado con muertos y

heridos y en alguna ocasión ninguno de los componentes de algún grupo había conseguido regresar.

Según pasaban los días, los habitantes de la ciudad se debatían entre lamentar las pérdidas de los soldados que no volvían, con la consecuente reducción de su protección, y la alegría por saber que había menos criaturas con las que compartir las escasas reservas. Y al tiempo que los astros de luz y oscuridad recorrían incansables los cielos, las esperanzas de que su rey rompiera el sitio y los liberase, comenzaron a quedarse atrás y a olvidarse.

Reo miraba las caras demacradas de sus hermanos que reflejaban tras casi cuatro meses de asedio el agotamiento y la delgadez. Hasta el momento, habían superado las penalidades y sufrimientos que habían ido llegando. Bertrán cojeaba un poco desde que uno de los caballeros del conde pasó tan cerca de él, que su caballo estuvo a punto de romperle el pie de un pisotón con uno de sus cascos. Aunque no llegó a provocarle una herida sangrante, el derrame interno que le había causado le había dejado el pie amoratado e hinchado. Bénim tosía a menudo llevándose las manos al pecho; la fortaleza natural del joven había quedado debilitada por los continuos golpes recibidos y las continuas heridas que no terminaban de curarse. Había participado en no pocas incursiones en el exterior y a pesar de haberse siempre encontrado resistencia orca, siempre había regresado. Roque acababa de tumbarse sobre el lecho exhausto. Su cuerpo estaba cubierto de barro y sus manos ensangrentadas. No tuvo ganas de hablar con sus hermanos, simplemente se acomodó lo mejor que pudo y trató de dormir. Reo echó una última mirada a sus hermanos y se levantó. Era el turno de relevar a Roque en sus trabajos. Al atravesar el barracón para salir, pasó su mirada por los lechos que yacían ya

vacíos y sin dueño y observó con curiosidad a los pocos orcos que dormitaban arremolinados en una esquina. Tras aquellos meses de intensa convivencia con los orcos durganos de su mesnada, que permanecían fieles al rey, entendía la presión a la que estaban sometidos y los pensamientos confusos que les machacaban, y que a más de uno le hacían delirar en sueños, entre incomprensibles gruñidos. Solo el apoyo que se daban los unos a los otros les hacía resistir su tremenda situación y asombraban a los hermanos cada día cuando comenzaban nuevamente sus peligrosas tareas con renovadas fuerzas. No cabía duda que aquel pueblo orco sabía trabajar muy duro.

Bajando desde su colina ubicada en el Suroeste, Reo pudo contemplar el lamentable estado que presentaba la ciudad, que ya no tenía nada que ver con la impresión que le había causado al llegar. Más de la mitad de los edificios y casas se hallaban de alguna manera dañados, ya fuese por los impactos de las piedras y troncos que lanzaban los rebeldes o por los incendios y el abandono. Cada día se derrumbaba alguna techumbre o pared sin que hubiese disponible maderos para apuntalarlos, y es que se necesitaban todos para otros menesteres.

Desde que un día el conde Galberto observó, subido a su torre del homenaje, cómo los orcos comenzaban a cavar profundas trincheras en la explanada que rodeaba la muralla sin que pudiera hacer nada para evitarlo, le invadió un permanente estado de alarma y un mal genio terrible. La falta de incursiones fuera de la ciudad en la última semana por la debilidad de sus tropas, había hecho que los orcos hubiesen comenzado a excavar rápidamente corredores por los que acercarse poco a poco sin que pudieran ser repelidos. La lejanía inicial desde la que comenzaron y la colocación en sitios precisos de robustos parapetos de madera, habían impedido que los arqueros y

ballesteros de la ciudad hubieran podido alcanzar a ni un solo orco en los últimos días. Y lo peor de todo es que Galberto sabía las intenciones de los rebeldes, y si ya de por sí tenía problemas para cubrir toda la muralla con sus tropas, ahora debía destinar a otros tantos hombres a otros trabajos.

Ougt sabía que la fortaleza de la ciudad era su sólida muralla, y sabía que, si en algún punto, la muralla caía, Isiri-Isi no tardaría en caer. Así que si no se podía acercar a ella por la superficie, lo haría por debajo de ella. Los orcos habían medido muy bien las fuerzas de Galberto, debilitándolas hasta dejarle, definitivamente, encerrado tras sus murallas. Perdida completamente su posibilidad de volver a realizar una incursión por el Norte y estrechado el cerco de la ciudad al máximo, ya solo debían trabajar en hundir sus defensas.

Un nuevo temor invadió a los sitiados al saberse que los orcos comenzaban a cavar túneles alrededor de la ciudad. Hasta cinco diferentes entradas había localizado el conde, con la ayuda de su búho real, dispersas por la explanada o en las lindes. Cada día, Galberto dedicaba varias horas en trazar líneas imaginarias desde las entradas a los puntos más cercanos de las murallas con la intención de descubrir hacia donde estarían cavando, descartando los peñones de roca dura sobre los que se asentaban algunos tramos. Hacía dos días había recorrido todo el perímetro de la muralla observando palmo a palmo cualquier indicio sospechoso y, tras comprobar unas pequeñas grietas y consultarlo una decena de veces con sus capitanes, dedujo que un tramo de lienzo se había corrido unos centímetros. Así que con la inquietud de que los orcos estuvieran ya dañando los cimientos de aquel tramo, ordenó a un nutrido grupo de soldados y campesinos, que se pusieran a cavar hasta llegar a la base de la muralla para localizar el posible túnel

que estuvieran haciendo los orcos. Desde ese día decenas de humanos se afanaban en la excavación, a pesar de sus escasas fuerzas, con sus pensamientos divididos entre la preocupación por la locura que pensaban que se había apoderado de su señor, y la preocupación por encontrar el túnel y toparse de bruces con los orcos. Aunque todos sabían que mucho peor sería no encontrarlo.

El sudor y la fatiga pasaron de estar sobre las murallas a estar bajo las mismas. Tanto los rebeldes como los fieles al reino se esforzaban bajo tierra en objetivos distintos. Mientras que los primeros buscaban minar y hundir las defensas, los otros trataban de dar con ellos, excavando en diversas direcciones en la oscuridad de la incertidumbre. Tan solo las continuas arengas de sus superiores sitiados instando a los trabajadores a no dejar de cavar, para evitar que la poderosa ciudad de Isiri-Isi cayese en las sucias manos rebeldes, hacían que las fuerzas de los defensores no flaqueasen durante las largas jornadas bajo tierra. El conde se encargaba diariamente de transmitir a sus capitanes y estos a su vez a los soldados y a los ciudadanos que la deshonra que caería sobre ellos si aquella ciudad, que siempre había permanecido en manos humanas desde su fundación, fuese tomada por los orcos, sería mucho peor que la peor muerte. Así que de esa manera supo cómo hacer que todos los humanos de la ciudad sintieran la necesidad de esforzarse más todos los días, para no ser los culpables de entregar Isiri-Isi a sus asaltantes y sufrir los tormentos del deshonor.

El general orco era la primera vez que se enfrentaba a una fortaleza tan dura y bien defendida. Sus bien entrenados soldados y sus tercios ciudadanos hacían que él se hubiese quedado estancado allí, mientras que los líderes de otras tribus orcas avanzaban ya hacia el Norte, venciendo en otras plazas fuertes

sin haber sufrido tantas muertes. La presión que aumentaba sobre él cada día que pasaba, sin que Isiri-Isi se hubiera rendido, le había hecho cambiar de estrategia en varias ocasiones, pero el conde Galberto, la Rata Rubia como él le llamaba, se anticipaba con una gran visión de la batalla y le hacía perder la ventaja. Incluso se había visto obligado a escavar aquellos túneles para minar las defensas, utilizando una técnica que jamás había utilizado y que le había parecido además de lenta, peligrosa. Pues la pérdida de orientación que sufrían sus poco entrenadas tropas en aquella estrategia, les hacían profundizar demasiado o desviarse muchos metros de su objetivo y los continuos derrumbes había provocado no pocos muertos y heridos, aumentando su desesperación.

Por si fuera poco, los consejeros de Branna le enviaban ásperos mensajes donde le azuzaban a que terminase de una vez el sitio que había comenzado. Que la horda no se podía permitir tener aquella ciudad en la retaguardia mientras ellos avanzaban hacia Khronia y que las tropas que había allí apostadas eran necesarias en el frente. Ougt sentía que cada día su valía como general era puesta en duda por los consejeros durganos y su rabia crecía. La humillación más grande la había recibido hacía un par de semanas, cuando Otok le comunicó que el líder huquita Guburc avanzaba desde el Sur para unirse a sus estancadas tropas y aplastar definitivamente aquella simbólica ciudad humana.

Mientras permanecía subido en aquella torre de Lergán, creyó oír arrastrado por el viento el sonido del poderoso cuerno de guerra de los huquitas avisándole de su llegada.

Los ciudadanos de Khronia no se podían creer que las tropas de la horda hubiesen sido vistas en los límites de la ciudad. El imparable avance orco se había extendido por cientos de kilómetros, destruyendo decenas de castillos y cayendo bajo su poder seis condados enteros. Los movimientos de refugiados eran constantes por todo el reino y los nobles y siervos que había sobrevivido a la invasión orca trataban de buscar refugio dirigiendo sus pasos al Norte. La capital se hallaba en esos meses de primavera convertida en un hervidero de criaturas que habían llegado allí buscando protección. Incontables chozas habían nacido de la noche a la mañana en las explanadas libres tras la muralla, invadiendo incluso peligrosas pendientes en las laderas de las montañas Finales.

Otok y Zórlem acababan de derrotar al conde Boleslao de Timuria en una sangrienta batalla a cielo abierto donde la infantería ligera orca había ejecutado impecables movimientos sobre el terreno, atacando e incitando a la caballería del conde hasta provocar una poderosa carga contra ellos para, rápidamente, dividirse en varios grupos en retirada, y reorganizarse a continuación para atacar a los caballeros por ambos flancos.

Hasta cinco cargas había realizado el conde agotando a sus caballos sin que apenas pudiera arrollar a las inquietas y rápidas cuadrillas de guerreros orcos que corrían raudos por las llanuras, desprovistos para esta ocasión de sus pesadas armas, portando tan solo ligeras lanzas y pequeños arcos. Los orcos habían mareado de tal forma a las tropas humanas que, cuando sintiéndose agotados y exhaustos, decidieron retornar a su castillo, se encontraron un nuevo y poderoso frente de orcos que les esperaba portando largas picas y robustos escudos en medio de su camino. El desesperado conde, desprovisto ya de su débil infantería, decidió cargar una última vez con su maltrecha caballería pesada contra un enemigo que, en esta ocasión, no se iba a mover. Así que enarbolando el estandarte de Khron y profiriendo un grito en su honra, los instó hacia el combate. Pero sus caballos, rendidos al cansancio y asustados al ver el mortal muro de picas que se alzaba ante ellos amenazante, detuvieron sus cargas en el último momento y se abrieron hacia los lados a pesar de ser espoleados con furia por sus jinetes. En cuanto los caballeros mostraron sus flancos al frente orco, estos empezaron a correr hacia ellos, aniquilándolos por completo, e incendiando su castillo después.

A pesar de no contar con fuerzas suficientes para emprender la campaña contra la capital del reino, los dos consejeros ahora convertidos en un dúo letal al frente de sus tropas durganas, querían mostrar su fuerza al rey, avanzando en oleadas hasta los límites de la ciudad, y dejándose ver en los alrededores de las dos gigantescas columnas de mármol negro. Ser ellos los primeros en llegar hasta la capital había hecho que sus nombres recorrieran todos los territorios de Orgul-Dur y los orcos les encumbrasen como unos grandes líderes de la rebelión en detrimento de Ougt. No obstante, las pequeñas escaramuzas

que se habían producido de momento en los límites de la ciudad habían sido siempre rechazadas con contundencia por las tropas reales, y solo en una ocasión Klaf y Ufil, los dragones de Zione, habían tenido que barrer durante varias horas a las dispersas tropas durganas que se acercaron, haciéndolas retroceder nuevamente en espantada.

Como señal de fortaleza, el rey había ordenado que las puertas de la ciudad permaneciesen siempre abiertas a pesar de tener al enemigo cerca. El desprecio que eso significaba hacia los rebeldes les hacía enfurecer, pues a pesar de que los orcos avanzaban por el reino derrotando todas las fortalezas que se encontraban en su camino, el rey no les consideraba todavía una amenaza para su ciudad. La gran explanada que se abría desde la muralla de Khronia hasta las columnas, se había ido llenando poco a poco de cadáveres de orcos ensartados en picas y por la noche deambulaban por allí carroñeras bestias que se nutrían de ellos. Los dos consejeros durganos sabían que cruzar aquella explanada no iba a ser nada fácil, pues oscuras fuerzas y magias la protegían. El ataque a Khronia debía ser meditado y planificado al mínimo detalle o ninguno de sus orcos llegaría vivo hasta la muralla.

Aunque los orcos hubieran llegado hasta los mismísimos límites de la capital, no se podía decir que tuvieran todavía ningún control sobre la misma, pues el ministro de la guerra mantenía fuertemente protegidas las grandes vías que comunicaban esta con el resto de condados no invadidos. El tránsito era todavía fluido gracias a la férrea protección de puentes y pasos clave por parte de los durganos fieles al reino y de los soldados reales. Los caminos eran recorridos diariamente por los dragones, quienes protegían con sus grandes llamara-das las caravanas procedentes del Este, impidiendo cualquier

intento de sabotaje de los rebeldes. Aunque bien era cierto que en no pocas ocasiones, el nivel destructivo de los dragones era tan desmesurado que el camino quedaba destruido a la par que los asaltantes.

Uno de los que estaba más interesado en que las comunicaciones no se interrumpieran era Damián, quien esperaba anhelante los grandes carromatos llegados del Este para unas nuevas obras que había comenzado en el castillo. Esteban no sabía lo que su señor estaba realizando, pero cuando salía hacia allí pasaban días completos sin que volviera a verle. El joven guardián tenía la orden de cuidar de la casa mientras el maestro constructor estuviera fuera y de cumplir con los encargos que le había dejado encomendados. Así que tras sus entrenamientos de la mañana, salía solo o acompañado de algún sirviente a llevar mensajes a los destinatarios que Damián le hubiera dicho, así como a recoger diversos objetos que le hubiera encargado. Que Esteban no supiera leer era una de las cosas que convenía a Damián, quien se aseguraba de esta forma que el joven no tuviera interés en abrir las cartas o se enterase de lo que no debía.

A fuerza de salir por las calles de Khronia, Esteban había tenido que espabilar para orientarse por sus oscuras y peligrosas calles y todavía se sobresaltaba al recordar cuando en una ocasión se equivocó de pasadizo y accedió a un patio donde tres corpulentos hombres violaban a una mujer. Recordaba nítidamente cómo les había gritado y cómo inmediatamente se habían girado hacia él riéndose al verlo. De cómo había corrido hacia uno de ellos y le había empujado, haciéndole trastabillar y caer y de cómo los otros dos le habían perseguido hasta la extenuación, logrando escapar tras escalar ágilmente por la fachada de una casa. Y allí había permanecido escondido entre los salientes de dos techumbres, quedando atónito al ver cómo

una oscura criatura saltaba con enorme ligereza desde el tejado de la casa de enfrente hasta sus perseguidores y, cortándoles el paso, les seccionaba el cuello de un zarpazo con sus largas uñas y proseguía en dirección al tercero. La aparición de aquel ser fue tan rápida y tan silenciosa, que en algunas ocasiones se preguntaba si lo que vio no habría sido a causa de un delirio provocado por el cansancio. Y es que en Khronia se veían muchas cosas demenciales.

En una ocasión, mientras el joven llevaba un paquete a la casa de un conocido de Damián llamado Ermoldo y apodado el Diente, extraño viejo de corrompida dentadura al que le quedaba solo uno de sus dientes y del que se decía que convivía con una cabra a la que llamaba su mujer, se vio envuelto en una turba de fanáticos que rodeaban y vapuleaban a unos trolls porque, aunque habían reconocido ante ellos que Khron era el único rey verdadero sobre Isi, no admitían que este fuese un ente superior, tal y como preconizaba la extasiada turba. Esto había hecho que el grupo de humanos que los acechaba, comenzase a lanzar gritos hacia el cielo pidiendo un castigo redentor para todo aquel que no les creyese, al tiempo que vociferaban sus adoraciones al rey superior, no solo de los humanos sino de todas las especies. Y es que la gran mayoría de los ciudadanos de la capital no habían visto jamás a su rey, pero algunos de ellos cuya sensibilidad extrema captaba las fuerzas y las magias, decían poder sentir su extraordinaria presencia en el ambiente, aduciendo que Khron no podía ser una persona normal sino la representación humana en Isi de Serón, el astro oscuro. Así que entre chillidos y gritos de redención con los brazos alzados en dirección al castillo, sacaron sus cuchillos e inmersos en su éxtasis, asesinaron a los trolls para satisfacer a su señor del Mal y aplacar su ira. De pronto la calle quedó en silencio

y se pudo oír a los trolls agonizantes, moviéndose convulsivamente mientras se ahogaban en su propia sangre. Uno de los fanáticos se acercó a los moribundos y dibujó sobre ellos extraños símbolos que Esteban no comprendió. El sacrificio se había completado. Dejando allí los cuerpos, la turba prosiguió por las calles, lanzando nuevamente, con grandes alaridos, sus proclamas a todo aquel que se encontraban en su camino.

En otra ocasión entraron en la ciudad más de un centenar de extraños personajes con sus túnicas negras, cuando Esteban volvía de propinar una paliza a un deudor de Damián. Inicialmente pensó que pertenecían a la escuela de dominaciones a la que pertenecía Zione, pero los extraños dibujos con los que estaban decoradas sus túnicas le percibieron de su equivocación. Los ciudadanos quedaban petrificados al ver sus serenos pasos en procesión, provocando el silencio en su entorno. Esteban quedó helado al ver a aquellos extraños humanos pasar, pero su temor se convirtió en espanto al ver o al menos creer ver cómo el cadáver de un perro que yacía despanzurrado en el suelo al haber sido atropellado por un carro hacía días, comenzaba a mover la cola a su paso.

El día que por primera vez avistaron a las tropas rebeldes tras las columnas de la ciudad los nervios recorrieron las calles de Khronia. Ese día, Esteban corrió hacia las murallas donde se agolpaban multitud de ciudadanos curiosos, pero desde aquella distancia no se podía intuir ningún enemigo por mucho que forzasen sus ojos hacia el Este, quedando aliviados. Durante varios días el joven protector había subido a las murallas para observar el horizonte, pero en ninguna ocasión había visto más que la extensa explanada y los movimientos de tropas y villanos que recorrían con pasos presurosos la gran vía de piedra que la atravesaba. En una ocasión mientras dejaba volar sus pensamientos, vio



subida a uno de los torreones a Zione que, apoyada en un merlón, miraba hacia el cielo sin ver, concentrada como estaba en localizar y dirigir a sus dragones. Su cabeza se alzaba hacia el manto de nubes permanentes que encapotaban el pardo cielo de Khronia, habiéndose caído hacia atrás la capucha de su túnica y liberado al viento su cabello negro. Estaban la contempló durante unos segundos, dejando que una inmensa alegría inundará su corazón. En ese momento y sin ser consciente de ello, se puso a correr hacia el torreón para acercarse y verla mejor, quizás incluso para llamarla, pero chocó en su carrera con un guardia que hacía su ronda y tras incorporarse nuevamente del suelo, contempló desesperado que ella ya no estaba.



Desde que comenzase la guerra contra los rebeldes la población había comenzado a mirar mal a los orcos que de toda la vida habían vivido allí. La mayoría de la población de orcos durganos hacía hueco en sus modestas casas para alojar a los refugiados que llegaban de Branna y les permitían que levantasen chozas en sus huertos. Barrios enteros se habían llenado de golpe de orcos huidos del Sur, pareciéndole a la gente que estaban metiendo al enemigo dentro. Las amistades que se habían forjado desde hacía muchos años entre humanos y orcos desaparecieron rápidamente y los orcos se vieron aislados del resto de la población. Todos los días los orcos que vivían en Khronia debían demostrar que eran fieles al rey y ostentaban en sus ropas grandes escudos con las columnas del rey. El populacho pensaba que si el rey no los había matado ya, sería porque todavía le eran útiles y mientras siguiesen demostrando que estaban a favor del rey humano, no les harían nada. Mas el aislamiento al que se veían expuestos los orcos, no era mayor que el deshonor que había caído sobre ellos al haberse levantado su ciudad natal contra el rey, y el sufrimiento al que ahora se veían

abocados tan solo quedaría resarcido cuando consiguieran recuperar las tierras de las que habían sido expulsados.

Tras el último altercado con los orcos rebeldes, en el que los dragones habían tenido que salir a expulsarlos por segunda vez de las cercanías de la ciudad, Esteban se dirigía nuevamente a casa contrariado. Había modificado su camino de vuelta tras realizar un recado, para acercarse a las murallas y observar sobre ellas los lejanos acontecimientos, pero, como en ocasiones anteriores, había anochecido sin que lograra ver nada. La repugnancia que le causaban los orcos era superior a la repugnancia que le causaban otros sucios seres que habitaban Khronia y su postura para con todos los orcos le había valido varios enfrentamientos y castigos con Damián, que no consentía que no reconociera el grandísimo trabajo que había realizado esa especie por el reino. Su defensa por los orcos leales al reino hacía que Esteban se crispase y se mordiera en muchas ocasiones la lengua para no recibir nuevos castigos de su señor.

Mientras cabalgaba a lomos del caballo que Damián había puesto a su servicio, recordaba la última disputa con su señor en el que este le había cruzado la cara de un puñetazo por proferir un comentario contra los orcos, mientras su señor jugaba una partida con sus amigos. Aquel puñetazo había castigado dos acciones: la primera, hablar cuando no lo tenía permitido y la segunda, contradecir los ideales del maestro constructor frente a aquellos nobles. Nadie podría hablar en contra de los fieles al reino en su presencia, fuesen quienes fuesen.

Al girar por una esquina se encontró de frente a dos jóvenes orcos que vagaban por la calle. Su demacrado aspecto mostraba que aquellos orcos habían pasado ya muchas penurias y sus ropas ahora harapientas y estrafalarias daban a entender que habían venido de muy lejos. En silencio, Esteban dejó que

su caballo avanzase por la estrecha calle, mientras que los orcos se apartaban a ambos lados para dejarle pasar por en medio. Al llegar a su altura, el joven miró a diestra y siniestra y cruzó su mirada con la de ellos. Quizá fue una ligera mueca o un ligero brillo en la mirada de estos lo que le hizo desconfiar e instintivamente espoleó rápidamente a su caballo para salir de allí, mas cuando su animal quiso reaccionar, el orco de su diestra ya le tenía fuertemente asido por la carrillera agachándole la cabeza e impidiéndole la huida. Vio brillar la hoja de un puñal a su siniestra y tras un rápido movimiento asestó una fuerte patada al orco que sostenía el arma apartándole un par de pasos. A continuación se inclinó rápidamente hacia el otro lado al tiempo que cogía su daga y cruzó su hoja por las manos del que sujetaba a su caballo, haciéndole que soltara inmediatamente sus arreos. Esteban espoleó nuevamente a su caballo y esta vez el brioso animal galopó dejando atrás a los dos orcos en pocos pasos, mas para sorpresa de sus asaltantes, el joven tiró de las riendas de su caballo, parándolo en seco, y se giró. De un salto descabalgó y sacando una segunda daga de su cinturón se aproximó con paso firme hasta los orcos y sonrió.

Al llegar a casa una hora después, el joven se dirigió hacia el amplio salón donde se encontraba su señor rodeado de tres mujeres semidesnudas. Era frecuente encontrar a su señor acompañado de cortesanas al fuego del hogar, mientras vaciaban las barricas de la bodega. Con una pequeña reverencia le entregó una pequeña arqueta que le había ordenado recoger.

—¿Por qué has llegado tan tarde? —le preguntó Damián alzando lentamente su cabeza.

Su señor ni siquiera percibió las nuevas heridas que mostraba Esteban en la cara y los nuevos jirones de sus ropas, acostumbrado como estaba a verle siempre sucio y herido.

—He tenido cosas que hacer —le respondió Esteban echando una ojeada a las mujeres y a las copas de vino que sostenían. Estas quedaron sorprendidas al ver el aspecto del muchacho y soltaron tímidas risas.

—Retírate inmediatamente —le ordenó Damián—, inquietas a mis mujeres.

—Sí, mi señor —dijo sin quitar la mirada de los embriagados ojos del trío femenino.

Esteban se retiró a su lecho para descansar, todavía excitado por lo que acababa de hacer. Ni siquiera sabía por qué aquellos débiles orcos le habían atacado. Quizá fuera por hambre, para comerse a su caballo, quizá fuese porque olieron su odio hacia ellos y no lo soportaron o quizá fuese porque eran enemigos del rey y querían sublevarse desde el interior; ya daba igual la razón, de lo que estaba seguro es que tras esa noche no le volverían a atacar nunca más.

43

El estruendo de la gran columna de orcos que se aproximaba por el Sur era ensordecedor. Miles de orcos se acercaban con paso lento pero bien coordinado por la vía que comunicaba la puerta Sur de Isiri-Isi con las ciudades costeras de Orgul-Dur. Las miles de pesadas botas de cuero reforzadas con placas de metal resonaban en las piedras del camino, alcanzando los tímpanos de los habitantes de la ciudad sitiada, que se agolparon rápidamente sobre las murallas, quedando sobrecogidos y paralizados. Los cánticos alzados al unísono por miles de gargantas, acompañados del tremendo sonido de gigantescos tambores y timbales, hacían retumbar los muros y vibrar las cerámicas. Guburc, el líder huquita había venido a ayudar Ougt y a conquistar la ancestral ciudad humana envuelto en grandes faustos. Aquella ciudad, que alimentaba la moral del reino por su increíble resistencia contra los orcos, debía dejar de ser un problema y con su caída, hundir a los humanos bajo los orcos de una vez por todas. El terco y persistente conde del que se sabía que daría su vida por la ciudad antes de rendirla a los orcos, arrastraría a todos y cada uno de sus ciudadanos a una lucha hasta el final y puesto que de aquella

batalla se hablaría durante siglos, sería conveniente terminarla con un gran broche final.

En distintas posiciones a lo largo de la columna orca se podían ver los estandartes de las tribus que la componían, contándose hasta casi una veintena de ellas. Marchando a la siniestra de cada líder, sus primeros escuderos volvían a portar sus estandartes como antaño, atados a la espalda en vez de llevarlos en la mano como los humanos. Finalmente Guburc había estabilizado y unificado el Sur de Orgul-Dur, sirviéndose de las vías y los caminos construidos por los humanos para movilizar sus tropas y su avituallamiento, consiguiendo un resultado espectacular. Para dejarles paso, los soldados de Ougt habían retirado por el lado Suroeste las empalizadas que cercaban todos los caminos de comunicación de Isiri-Isi, y que desde hacía meses la mantenían aislada. Por aquella abertura se introdujeron en los bosques meridionales más de noventa mil orcos, que se unieron a los treinta mil que ya rodeaban la ciudad. Los habitantes de la ciudad sitiada, asomados entre los merlones de la muralla, no eran capaces de concebir la magnitud de la columna orca, pues los grandes árboles ocultaban el camino por el que se aproximaban. Tan solo el conde Galberto y sus capitanes contemplaban, subidos a la torre del homenaje del castillo, el movimiento de la enorme horda en los tramos de vía visibles. Envueltos en un profundo silencio que nadie se atrevía a romper, observaban atónitos cómo la columna se iba dividiendo en dos al llegar a un punto, adentrándose a diestra y siniestra en la espesura para ocupar sus respectivos sitios en el bosque. Los ojos azules del conde, surcados en su contorno por incipientes arrugas, escrutaban fijamente el movimiento de los estandartes que avanzaban por el amplio camino, hasta que se perdían bajo las copas de los árboles. Su corazón

latía con fuerza, haciendo circular la sangre por todo su cuerpo, y agolpándola en su cabeza. Podía sentir cada latido en sus sienes, en sus oídos y en sus enrojecidos ojos, que se secaban constantemente al forzarlos a seguir a los grupos de enemigos, sin apenas pestañear. Podía sentir cómo la cabeza se le calentaba y le dolía por la acumulación de incontables pensamientos, planes y decisiones tomadas y por tomar, tras semanas y semanas de largas jornadas y cómo su cuerpo flaqueaba en la intimidad, acuciado por el cansancio y la mala alimentación.

—Nos superan con mucho en número —dijo finalmente el conde girándose hacia sus capitanes—, debe haber más de seis orcos por cada uno de nosotros.

Los capitanes se miraron entre sí con cara de preocupación. El conde se volvió a girar y señaló con el dedo hacia la vía por dónde venían.

—Nos están envolviendo como lo hicieran en su primer ataque, aunque no consigo ver exactamente dónde se están ubicando.

Galberto quedó callado unos segundos mientras seguía mirando fijamente el camino

—Tampoco consigo ver la caravana de carros para alimentar a todas esas tropas. Creo que llevan todo su hato encima que no es mucho, por lo que no tardarán en atacar.

El conde se inclinó sobre una almena para observar el perímetro Sur de la ciudad. Las murallas todavía tenían un aspecto sólido e imponente, pero las fuertes protecciones que se construyeron para el primer asalto y resistieron, aparecían ahora en un estado lamentable, reparadas unas, debilitadas otras y en algunas zonas, simplemente ya no estaban. Los trabajos de reparación de los parapetos se habían interrumpido cuando los orcos comenzaron a estrangular el perímetro de la ciudad,

persiguiendo y matando a los grupos que salían fuera. Las reservas de madera necesarias para las reparaciones se habían tenido que destinar a otros menesteres, consumiéndose poco a poco durante el gélido invierno. Las resistentes maderas de los parapetos dañados se habían tenido que sustituir con quebradizos tablonces extraídos de las propias casas destruidas, con las puertas, o en puestos defensivos decisivos, con las vigas de los tejados. Se habían levantado nuevamente las tres torres de vigilancia derribadas consumiendo en ellas preciados materiales, para resultar finalmente inútiles cuando los orcos decidieron avanzar hacia la ciudad bajo tierra. Algunos lienzos de muralla pudieron ser reforzados otra vez, aunque la carencia de bloques de piedra hizo que algunas zonas fueran reconstruidas con adobes de barro o argamasa. Pero lo que más preocupaba al conde era que la capacidad defensiva de la ciudad estaba muy mermada debido a la falta de defensores. Mientras que los orcos recibían constantemente nuevos soldados con los que sustituir a sus muertos o sus heridos, en la ciudad todo era una cuenta en descenso. Los vigías de las murallas escaseaban, al haberlos dedicado también a la persecución de orcos bajo tierra. No obstante, la ciudad todavía podría haber resistido a la horda del general Ougt otra estación más, pero con la ingente cantidad de soldados que estaban entrando dentro del cerco levantado por los altoroki, el propio conde dudaba ya de si tendrían siquiera suficientes armas para defenderse de todos ellos.

Los herreros habían trabajado diariamente en reforzar, reparar y afilar las espadas y hachas de los soldados que en ocasiones se rompían o mellaban en los enfrentamientos. Cada esquirla de metal era preservada como si de oro se tratase pues era nuevamente fundida para reparar armaduras, proteger escudos o elaborar la punta de los virotes. Desde que los soldados

quedasen encerrados dentro de sus propias murallas, debían cuidar cada una de las armas arrojadas de las que disponían y no malgastarlas si el blanco no estaba seguro, pues toda flecha o piedra lanzada fuera ya no se recuperaría.

El pajarero se acercó apresurado al conde ofreciéndole el búho para realizar un reconocimiento más profundo de las tropas orcas que llegaban, pero el conde lo rechazó.

—Envía con premura tu gran duque a Khronia —le ordenó—, si el rey no envía pronto refuerzos, en uno o dos días estaremos todos muertos.

El pajarero bajó diligentemente las escaleras en busca de un escriba para que le anotase en un trozo de pergamino el agónico mensaje. Detrás del conde, los capitanes contenían la furia en su interior. A pesar de ser el único bastión humano que había logrado plantar cara a los orcos rebeldes y haber retenido al temible general Ougt en su avance, los intentos por romper el cerco desde la capital habían sido más bien escasos. Solo en una ocasión habían intentado recuperar las ruinas del castillo de la vizcondesa Aldonza sin conseguirlo. Y en todos los meses de asedio apenas les habían mantenido informados del exterior más que con algunos mensajes traídos por los búhos del rey o por alguna paloma que habían conseguido atravesar el cerco, sin ser muertos por los arqueros orcos en el día o por lechuzas alba que utilizaban sus cetreros para darles caza en las noches.

Los orcos habían logrado domesticar hacía años a esas imponentes aves rapaces nocturnas, al igual que los humanos hiciesen con los búhos, y durante el sitio de Isiri-Isi las utilizaron para atacar no solo a las aves mensajeras, sino también para realizar algunos ataques sobre los humanos que vigilaban solitarios por el adarve. En alguna ocasión se había visto revolotear entre las calles a las blancas lechuzas a la luz de

las antorchas con su blanca cara manchada por la roja sangre de su víctima, buscando con sus brillantes ojos negros a su siguiente presa. En aquellas noches los niños eran escondidos en las casas por ser ellos el objetivo principal de sus ataques, ya que sus pequeños y débiles cuerpos se convertían en apetitosos manjares para las depredadoras aves.

El pajarero volvió a subir con el búho en su antebrazo siniestro y el trozo de pergamino en su mano diestra. Tras leer la desesperada petición de auxilio en voz alta, uno de sus capitanes enrolló el pequeño pergamino y cogiendo un trozo de cera que portaba un sirviente, derritió un poco sobre su borde para que quedase cerrado. El conde le acuñó el símbolo pentagonal de su condado con el anillo grabado de su dedo corazón e introdujo el mensaje en un pequeño canuto de cuero que llevaba el ave atado a su pata. El pajarero se aseguró de que el canuto estuviese bien cerrado, bien atado y que su ave estuviese preparada y tras susurrarla incomprensibles palabras al oído, alzó su brazo impulsándola para iniciar su vuelo. Tras aletear con fuerza para coger suficiente altura, el búho extendió toda la envergadura de sus alas para dejarse arrastrar por las fuertes corrientes de aire que atravesaban aquel atardecer los cielos en dirección Norte. En pocos segundos los hombres apostados en la torre del homenaje, perdieron de vista a aquella ave, portadora de su última esperanza.

—Las canciones hablarán de nosotros—dijo el conde tratando de infundir valor a sus hombres—, en los castillos y palacios se estremecerán al escuchar nuestra inquebrantable fidelidad al reino.

Los capitanes extrajeron las espadas de sus cintos y las alzaron hacia el cielo.

—¡Luchad y morid con valor por vuestro rey Khron! ¡Defended la ciudad humana de Waldard hasta vuestro último aliento!—gritó Galberto.

—¡Sí!—gritaron al unísono los capitanes—. ¡Por Khron!

—¡Haced arrepentirse a los orcos de su rebelión! ¡Extended la muerte y causad el mayor sufrimiento a los traidores! ¡Que cada metro que avancen por la ciudad sea la peor de sus pesadillas, que sus ánimos se quiebren, que sus fuerzas se debiliten, que solo piensen en la muerte como una dulce salida de Isiri-Isi!

Los capitanes gritaron hacia el cielo a pleno pulmón en la que seguramente sería su última reunión con el conde. No había mejor destino que morir defendiendo la ciudad humana ante otra especie. La supremacía humana debía quedar grabada a fuego y acero sobre la consciencia de los orcos y de cualquier especie que osase atacarlos. En cada uno de sus actos debían dejar marcada a fuego la huella del orgullo de los hombres, por el que los primeros conquistadores también dejaron sus vidas. Su valor no debía mermarse ni un ápice y su fuerza jamás flaquear. Todos sabían que la resistencia de aquella ciudad, sería la resistencia que opondrían los humanos a la conquista orca.

El atronador ruido de los tambores volvió a resonar al anochecer por los bosques colindantes, con mayor fuerza de la que hubiera tenido en el primer ataque a la ciudad. Los pocos animales que quedaban por el bosque huyeron de él buscando refugio lejos de aquel ensordecedor ruido. Los humanos de la ciudad se tapaban los oídos ante el estruendo de los enormes aparatos de percusión, que estratégicamente apuntaban a la sitiada ciudad para quebrar el ánimo y hundir la moral de sus defensores. Cientos de antorchas fueron encendidas a lo largo de la muralla para iluminar todavía más el perímetro en aquella noche clara. Los soldados reales volvieron a situarse corriendo



tras sus parapetos con sus armas preparadas a la espera de las órdenes de sus capitanes, con la intención de defender aquella ciudad hasta el final.

Reo y Bertrán habían sido llamados a cubrir los túneles que se extendían bajo la parte occidental de la muralla, mientras que Roque y Bénim permanecían sobre el adarve en el Sur. Su capitán y los pocos orcos de su mesnada volvían a cubrir la bloqueada puerta septentrional con la esperanza del conde de que repitieran con el mismo éxito su feroz defensa de hacía meses. Todos los habitantes de la ciudad que pudieran ser útiles habían sido movilizados por los capitanes a cubrir algún sitio defensivo; encontrándose, entre aguerridos y veteranos soldados, temblorosos niños y mujeres encargados de asistir a los soldados, vigilar las murallas y atacar en caso necesario con sus pequeñas dagas a los orcos que se pusieran en su camino.



Los minutos pasaban lentos y tensos en aquella noche de primavera. El frescor de la medianoche hacía que los vigías se cubriesen con algunos mantos y capas, pero no era comparable a las frías noches de invierno en la que las pieles con las que se cubrían no eran suficientes para detener su tiritera. Los orcos se movían por las lindes del bosque en multitud de grupos de a veinte, apareciendo y desapareciendo rápidamente a lo largo de todo el perímetro. En ocasiones avanzaban a la carrera hacia la muralla para provocar a los defensores y se replegaban rápidamente cuando estos comenzaban a repelerlos con sus flechas. Los arqueros debían dirigir su atención ora a un grupo a un flanco, que corría dando tumbos de un lado para otro trazando alocadas eses en paralelo a la muralla, ora a su otro flanco, donde otro grupo aparecía a la carrera y se acercaba para, en un determinado punto, girar rápidamente y volver a la espesura. El ataque de los orcos comenzó como un juego en el que



sintiéndose el jugador más fuerte y sabiéndose con todas las de ganar, se disponía a saborear cada momento. Las escasas saetas de los defensores eran desperdiciadas contra esos pequeños grupos que se concentraban y dispersaban con rapidez, dificultando enormemente que fueran alcanzados. Además, había que contar con las capas de cuero y pieles que cubrían sus cuerpos, con sus metálicos cascos y sus refuerzos metálicos en las partes vitales, que les protegían eficazmente en el caso de que fueran alcanzados. Así que no era raro ver a un orco seguir corriendo con una flecha clavada en el peto o en el espaldar, sin que la saeta le hubiera llegado a herir. Tras un buen rato desgastando a los defensores, quienes se veían en la encrucijada de reservar sus flechas o disparar contra los irritantes orcos, estos cambiaron de estrategia y los pequeños grupos ligeros duplicaron el número de sus efectivos. Ahora comenzaron a correr al frente de ellos una fila de orcos que portaban grandes escudos de más de metro y medio de longitud con la parte superior ancha y redondeada y la parte inferior acabada en punta. Al llegar a las cercanías de la muralla clavaban su escudo en el suelo de un fuerte golpe, mientras que tras ellos aparecían corriendo avezados lanceros sin apenas protección, que arrojaban sus afiladas lanzas impulsadas con la fuerza de su ligera carrera que lograron ensartar en su primer ataque a varios arqueros, asomados a las almenas y cogidos de improviso. Tras el ataque acometido, los orcos volvían a coger sus escudos y colocándoselos en la espalda, volvían a replegarse rápidamente sin que los arqueros pudieran dañarles y sin que a las gigantescas ballestas de las torres les diera tiempo a rotar sobre sus ejes y conseguir apuntarles. Aquellos ataques se repitieron largo rato con lanceros y honderos que se movían con agilidad pasmosa, desesperando a los sitiados, hiriendo y matando a varios de ellos. Los

ataques eran tan continuos y tan organizados que había ciertos tiempos en los que los defensores eran incapaces de asomar sus cabezas por las almenas ante el riesgo de ser impactados por los proyectiles atacantes, dejando la defensa de los muros tan solo en las manos de los soldados apostados detrás de las aspilleras.

En la oscuridad de la noche las lanzas y las hondas dieron paso a los arqueros orcos que, aprovechándose de las desatendidas defensas de los sitiados y con la punta de sus flechas envueltas en paños y prendidas fuego, no tuvieron apenas problemas para lanzarlas al interior de la ciudad, poniendo en un gran aprieto a los defensores. La escasa agua que quedaba en la ciudad y que tan cuidadosamente habían estado conservando tras los deshielos para saciar la sed, tuvo que ser usada para sofocar los incendios de los edificios más valiosos, almacenes de armas o puestos defensivos, debiendo dejar los ciudadanos con gran pesar arder las pocas casas y los talleres que quedaban en pie cercanas a la muralla. De nada serviría malgastar energías impidiendo el incendio de las casas a las que no volverían si morían. Sus últimas fuerzas las debían reservar para fines mejores.

Aunque las ráfagas incendiarias de los arqueros se repitieron prolongadamente a lo largo de la noche, sus resultados no fueron los esperados, pues la gran cantidad de madera que había tenido que ser retirada de las casas y de los edificios hundidos para cubrir puestos defensivos y para alimentar las hogueras en el invierno, había hecho que quedasen grandes espacios baldíos o con ruinas entre las casas en pie, y los incendios que llegaron a formarse, se apagaron al consumirse rápidamente los pocos materiales prendidos, sin llegar a extenderse a otras casas aledañas, ni provocar el ansiado gran incendio que querían.

A pesar de haber reparado y gastado valiosos trozos de metal en reforzar y reparar las grandes armas defensivas ubicadas en



las torres de la muralla, su utilidad comenzaba a preverse como poca o nula pues los orcos, aprendida la lección de la gran cantidad de bajas que les habían causado en su ataque directo a las murallas y lo poco que habían conseguido dañarlas con sus trabuquetes, no parecían considerar la idea de volver a cometer el mismo error. Así que las grandes ballestas que apuntaban a las lindes del bosque que rodeaba la ciudad, quedaron estáticas esperando localizar algún objetivo digno de sus disparos sin apenas llegarse a lanzar no más de media docena de pedradas simplemente contra formaciones de orcos a la carrera en toda la noche. Los experimentados arqueros apostados en las cinco torres de vigilancia de las cinco colinas, tensaban sus potentes arcos largos, volviendo a destensarlos en la mayoría de las ocasiones sin llegar a disparar para no desperdiciar sus certeras flechas. En contadas ocasiones y solo cuando los grupos de orcos se acercaron más de lo normal, confiados al ver que los soldados del adarve estaban ocultos tras los merlones, entraron en acción infligiendo algunas bajas en los atacantes, cuyas protecciones a pesar de estar reforzadas nada tenían que hacer contra aquellos magníficos arcos largos.



Esta vez Ougt no estaba tan preocupado por aquellas malditas torres como durante su primer ataque. Su prioridad ya no era destruirlas fuese como fuese y lo antes posible, sino que la situación y la estrategia habían variado mucho desde entonces. Tras haber disipado sus preocupaciones ante la fastuosa entrada de Guburc y su derroche de fuerza y superioridad numérica, todo había vuelto a su cauce cuando el agitado e impetuoso líder huquita había ido a visitarlo a su tienda e inclinándose ante él, se había puesto a su servicio para destruir la ciudad, frente al resto de líderes orcos de menor categoría. Ougt sabía que el pueblo huquita era juicioso y que su líder no aprovecharía la

oportunidad de su enquistada situación ante Isiri-Isi para pisotearle, pero tras haber sufrido la reacción de los poderosos consejeros de Branna, su carácter se había tornado desconfiado. El encomiable gesto de respeto delante de los líderes que le había mostrado Guburc, le había reconfortado y aportado la estima necesaria perdida. La lucha por recuperar la esencia de su especie se había reavivado con fuerza.

La noche transcurrió inmersa en los pequeños ataques de los grupos de orcos que poco a poco habían ido aumentando el número de miembros cubriendo más parte de la muralla, pero sin llegar a ser tan numerosos como para que su agilidad se perdiera. Los primeros rayos de luz de Harún comenzaron a iluminar la alta torre del homenaje, las ramas más altas de los árboles y las torres esquineras de la muralla ubicadas en lo alto de las colinas. Ante las primeras luces los rostros de los humanos reflejaron el cansancio en sus pálidas caras. Sus agotados ojos estaban enrojecidos tras haber sido surcados por multitud de venas nacidas de la fatiga, por no haber tenido ni un minuto de descanso durante la noche. Las posturas de los soldados en vez de ser erguidas y en guardia, se mostraban encogidas con los hombros cargados. Las armas colgaban pesadas de los brazos, cuyo esfuerzo por mantenerlas en alto era ya un sacrificio. El incipiente calor de astro de fuego fue bienvenido por los humanos, quienes se quitaron con agrado sus capas aliviados por no tener que soportar más tiempo su peso y su luz evitó que las antorchas tuviesen que volver a ser sustituidas cuando se apagaron, ahorrándoles esa tarea. Pero en unos ojos agotados, la visión de Harún causaba un punzante dolor. El dolor que sintieron los vigilantes que miraban al Este, siendo por esa precisa dirección por donde los orcos comenzaron su ataque.



Ayudados por el astro a sus espaldas que cegaba a los defensores, y en una gran oleada que cubrió rápidamente la explanada Este de frenéticos orcos, los rebeldes recorrieron a la carrera el tramo que les separaba de las murallas y ante los atónitos defensores no tardaron en alzar las escaleras que portaban y arrojar numerosos garfios de metal a los merlones para escalar por las cuerdas atadas a ellos. El repentino y multitudinario ataque de los orcos pronto sobrepasó a los defensores apostados en el Este, quienes tuvieron que pedir rápidamente ayuda a las mesnadas contiguas para que reforzaran ese frente. El silbido de las flechas y los golpes secos de las piedras que se arrojaban desde las murallas golpeando contra los escudos de madera orcos, invadieron todo el semiperímetro oriental de la ciudad. Los gritos de las encarnizadas luchas hacían girarse continuamente a los defensores del lado occidental quienes, viendo que por su lado habían dejado de verse enemigos, abandonaban su posición para cruzar la ciudad y ayudar a los suyos.

Roque y Bertrán se hallaban en el interior de un profundo túnel que recorría los cimientos del lado occidental, ajenos a las luchas que estaban sucediendo en la superficie. De vez en cuando resonaban en los túneles algunos fuertes golpes que creían ser de impactos de piedra lanzados por los onagros orcos contra la muralla. Reo se mostraba nervioso estando allí, iluminados él y su hermano por la tenue luz de algunas lámparas de aceite colocadas a lo largo del recorrido. Reo siempre había considerado una pérdida de tiempo tratar de localizar los túneles que cavaban los orcos, y creía que ellos mismos habían debilitado la firmeza de los suelos de la ciudad horadando muchas zonas al intentar encontrarlos. Tan solo en una ocasión a lo largo de todo el perímetro habían localizado un túnel orco escavado en paralelo a un lienzo de muralla, y que al hallarse

vació en aquel momento, lo derrumbaron rápida y fácilmente, trastocando los planes que tuvieran los orcos para aquel lugar. Todavía no habían encontrado ningún túnel que se dirigiera directamente a los cimientos de las murallas para provocar su hundimiento, por lo que el joven no veía la necesidad de seguir allí metido una vez comenzada la lucha. Los fuertes golpes volvieron a retumbar por toda la red de túneles haciendo que Bertrán mirase con recelo hacia el techo del túnel por el que andaban. La caótica disposición de los túneles dificultaba saber con precisión dónde se producían aquellos ruidos. Reo se giró y miró a su hermano que permanecía distraído mirando hacia atrás, le golpeó en el brazo y le indicó que continuasen su ronda por aquel estrecho hueco que les obligaba a andar encorvados en la mayoría de los tramos. Un gran golpe volvió a oírse haciéndose que ambos quedasen quietos.

—¡Uuu! ¡Ese ha debido estar cerca! —dijo Reo volviéndose nuevamente hacia Bertrán.

De repente el suelo sobre el que se hallaba Reo comenzó a desmoronarse bajo sus pies y sin poder remediarlo el joven cayó por un agujero, desapareciendo ante su atónito hermano.

Reo se apartó su enmarañada melena de su cara. Había caído a un nivel inferior y se había dado un buen golpe en la cadera. El polvo del desmoronamiento lo invadía todo y la lámpara que llevaba se había roto y apagado con la caída.

—¡Reo! —gritó su hermano sobre su cabeza.

—¡Sshhh! ¡Calla! —le ordenó este—, estoy bien.

Reo tosió un par de veces al respirar el polvo y pronto pudo ver cómo la oscuridad que le envolvía comenzaba a hacerse más clara a su siniestra. El denso polvo que flotaba en el ambiente comenzó a teñirse de gris oscuro, gris claro, rojizo y anaranjado a medida que una luz se aproximaba a él. Tan solo

le bastó intuir el verduzco color del rostro que se asomó entre la nube de humo para atravesar de una fuerte estocada con su espada al orco que se aproximaba.

—¡Es un túnel orco! —susurró Reo a su alarmado hermano que trataba de ver lo que ocurría abajo introduciendo su brazo con una lámpara por el agujero.

Reo pudo comprobar que el túnel donde se encontraba era bastante más ancho que el que habían construido los humanos y que se prolongaba no solo hasta los cimientos de la ciudad, sino que continuaba hasta el interior de la misma, hasta un lugar que no podía ver.

—¡Oh no!, los orcos van a salir por estos túneles dentro de la ciudad —se dijo.

Pero no le dio tiempo a mucho más, pues pronto comenzó a oír retumbar el tosco sonido de las pesadas botas orcas aproximándose por el túnel.

—¡Agárrate a mi mano! —exclamó Bertrán.

Reo dio un salto y se agarró con ambas manos al antebrazo de su hermano que se entreveía por el agujero del techo. En ese mismo instante vio aparecer los primeros dos orcos de toda una tropa corriendo por el túnel. Estos quedaron sorprendidos al ver al joven humano colgando del techo tratando de impulsarse hacia arriba apoyando sus pies sobre el cadáver de uno de sus soldados.

—¡Aaargggg! —gritó el primero de los orcos arrancando su carrera hacia el joven.

—¡Tira de mí! —gritó Reo

—¡Eso hago! —le respondió su hermano con la cara enrojecida por el esfuerzo.

Reo recibió de una patada en el pecho al orco que se aproximaba, causándole gran dolor en el brazo a Bertrán.

—¡Súbeme! —le volvió a gritar.

El orco se incorporó y sacó su hacha, mientras sus compañeros se apelonaban tras él, clavando sus ojos en el humano. Reo, que comenzaba a subir gracias al tremendo esfuerzo de Bertrán, tuvo que elevar las piernas al mismo tiempo que pasaba la hoja del hacha del orco por su cintura evitando ser así cortado. Bertrán logró incorporarse de rodillas y alzar a su hermano hasta que pudo él mismo alcanzar el borde del agujero e impulsarse, poniéndose a salvo de ser cogido por los orcos o malherido por sus armas. Bertrán se echó hacia atrás con el brazo completamente dolorido, soltando un gran quejido.

—¡Buen trabajo hermano! —le dijo Reo.

En ese momento la cabeza de un orco se asomó por el agujero profiriendo un potente gruñido. Bertrán asustado, le propinó un golpe en la cara con la suela de su borceguí, haciendo que volviese a desaparecer por el agujero. Varios orcos trataban de ascender por el agujero, mientras el resto de su tropa continuaba su avance hasta el centro de la ciudad.

—¡Avisemos a los demás! —dijo Reo tirando de Bertrán para incorporarlo rápidamente.

Los dos hermanos corrieron a través de los túneles dando la voz de alarma a todos aquellos que se encontraban en ellos. Reuniéndose todos en un pasillo central, esperaron a que los primeros orcos se aproximasen hasta ellos, provenientes del túnel de Reo y Bertrán y tirando fuertemente de unas cuerdas que tenía preparadas, quitaron las cuñas que sostenían los apuntalamientos y desplomaron el techo sobre ellos. Habiendo cegado ese túnel por el que podían acceder a la ciudad, y sin haber encontrado más excavaciones, decidieron salir de allí para ver qué estaba pasando.



Tras permanecer varios segundos cegados por la luz, hasta que sus irritados ojos pudieron adaptarse a ella, al haber estado durante muchas horas en las penumbras, los dos hermanos y su compañeros pudieron comprobar que casi la totalidad de los soldados se hallaban en el lado oriental de la ciudad, defendiéndose de un sobrecogedor ataque orco de grandes dimensiones. Dos de las torres de flanqueo del Noreste habían caído ya en manos de los orcos mientras que el resto parecían a punto de perderse, concentrado como estaba sobre ellas gran parte del ataque. Los orcos aprovecharon con gran eficacia el hecho de que por las aspilleras del Este apenas se viera nada durante el amanecer y en tan solo ese breve espacio de tiempo lograron tomar la muralla y sus torres. El primer túnel que floreció del suelo fue también en el Norte de la ciudad, cogiendo de improviso a los soldados allí apostados, que vieron con asombro cómo de pronto la tierra comenzaba a vomitar decenas de orcos, que surgían trepando por escaleras desde profundos agujeros. Los hermanos y su grupo, corrieron hacia allí con la intención de bloquear como pudiesen aquella entrada antes de que fuese demasiado tarde y blandiendo sus espadas, avanzaron hasta los pies de la colina del Noreste para rechazar a los orcos que ya habían salido.

Roque y Bénim lanzaban fuera de la muralla todo tipo de objetos que encontraban una vez hubieron acabado con su provisión de piedras. Cualquier cosa valía con tal de abrir el cráneo a los orcos que trataban de ascender por la pared de la muralla. Con los nuevos escudos, más grandes y robustos que tenían los huquitas, era mucho más difícil acertarles en el cuerpo. Así que la eficiencia se encontraba en desequilibrar a uno de los orcos que estuviera casi a punto de asomarse por las almenas, para que su pesado cuerpo cayese sobre sus compañeros,

lo que provocaba más heridos que con las pequeñas rocas que arrojaban. El mismo conde se hallaba subido al adarve destacándose su negra figura armada entre sus soldados. Con una gran ballesta en la mano, se asomaba sin temor por las almenas para disparar sus certeras flechas sobre los orcos que trataban de alcanzarlas. La sola presencia del conde sobre el adarve hacía parecer a sus hombres que aquella muralla que tantos asaltos había resistido no caería jamás, pero de pronto ocurrió algo que rompió por completo el rumbo de la batalla. Varias flechas en llamas lanzadas desde la espalda de los defensores hacia las lindes del bosque hicieron que los orcos que se hallaban tratando de asaltar las murallas, sin haber conseguido una protección adecuada, se replegasen rápidamente hacia el bosque buscando protección, bajo la atónita mirada de los defensores. Estos se giraron casi al unísono a lo largo del perímetro oriental, y comprobaron horrorizados, que cientos de orcos se hallaban ya dentro de los muros apostados sobre la colina Noroeste amenazando su retaguardia.

Reo y Bertrán habían luchado ferozmente contra los orcos que salían del túnel de la colina Noreste e incluso en una ocasión pareció que conseguirían arrastrar a los orcos otra vez a su interior. Pero cuando a una veintena de metros la tierra comenzó a desmoronarse dejando ver otro profundo túnel por el que no tardaron en aparecer polvorientos orcos, tuvieron que abandonar el lugar. Los orcos recién aparecidos, encontraron casi desprotegidos grandes tramos de la muralla del Noroeste y no dudaron en acabar con la vida de los soldados apostados allí, quienes viéndose atrapados en sus posiciones y teniendo todo perdido, combatieron con valor hasta el último aliento. Los soldados apostados en las torres de vigilancia de las colinas septentrionales agotaron sus flechas disparando sobre los

numerosos orcos que salían de los agujeros, mas cuando estos consiguieron rodear las torres y no habiéndolas logrado incendiar, que era su primera intención, las derribaron a golpe de hacha como hacía meses habían derribado otras, despeñando a los arqueros que allí permanecían.

Galberto formó rápidamente en el camino central de la ciudad a un fornido grupo de soldados de a pie. Hacía ya un par de días que habían tenido que matar al último de sus famélicos caballos para comer. Sus armaduras brillaron con los rayos de la mañana mientras corrían hacia el Norte para recuperar las posiciones perdidas. Los hermanos y los supervivientes de las colinas septentrionales se unieron al grupo de guerreros para acometer una segunda embestida contra los orcos. Los experimentados caballeros del conde se enfrentaron blandiendo sus largos mandobles de dos manos, contra los grandes orcos y sus hachas de guerra. Los enfrentamientos en aquel amplio espacio se resolvían la mayoría de las veces en un solo movimiento. Las pesadas armas, capaces de destrozar las más templadas armaduras eran lanzadas en movimientos horizontales y verticales con una impresionante fuerza. Si el arma fallaba y acababa clavándose en la tierra o cortando solo el aire, no habría ocasión para un segundo intento por lo que los combatientes debían de centrarse en su respectivo oponente para anticiparse a su movimiento. Las tropas orcas ligeras, conscientes de que era mejor no enfrentarse a un caballero armado de frente, trataban de acercarse a estos por los laterales o por la espalda para clavar sus dagas en las zonas desprovistas de protección y ese era el momento en que Reo y Bertrán entraban en acción, impidiendo que pudieran herirles en las axilas o en las corvas. Las espadas que portaban los hermanos chorreaban la parduzca sangre de los orcos mientras acompañaban a los caballeros en

su lento pero constante avance. Los hermanos debían tener mucho cuidado en mantener sus propios combates alejados lo suficiente de los guerreros, pues con la escasa visibilidad que les proporcionaban los yelmos y los movimientos letales de sus largas espadas, podían acabar muertos por sus propios compañeros en sus cruentos ataques. Este modo de combate lo habían entrenado en muchas ocasiones con Druma en el bosque, para intercalarse entre los pesados orcos, debiendo coordinar sus movimientos de ataque y defensa entre ellos para formar un robusto y ofensivo grupo.

En el lado Este, Roque miraba cómo su capitán y sus orcos corrían hacia la colina Sudeste para taponar el nuevo túnel que acababa de surgir a sus pies. El enorme orco, mucho más corpulento que sus compañeros, lanzaba temibles gruñidos de guerra contra los traidores mientras hacía oscilar su pesada hacha para que cogiera mayor fuerza en el golpe. Mientras tanto él y Bénim seguían tratando de evitar que los orcos llegasen hasta el adarve, habiendo tenido que usar ya sus hachas ligeras contra varios de ellos. Roque estaba asombrado al ver cómo los niños combatían con el mismo valor que los adultos contra aquellos orcos a los que trataban de derribar empujándoles las piernas a riesgo de que, con un solo golpe que recibiesen, acabasen malheridos o muertos. También las mujeres defendían sus posiciones con valor y, manejando con agilidad sus afilados cuchillos, herían a muchos de ellos.

Mientras tanto los caballeros del conde lograron abrir una brecha entre los orcos hasta llegar a la puerta Norte, donde evitaron que los asaltantes quitasen las gruesas trancas que bloqueaban las puertas. A las afueras, esperaban todos aquellos orcos que se habían retirado de la explanada, impacientes por entrar en la ciudad. Dejando allí a algunos de sus hombres, el

conde se aproximó hasta uno de los agujeros por donde trepaban los orcos y tras derribar un pequeño murete cercano, dos de sus hombres ayudados por los dos hermanos, comenzaron a dejar caer bloques de piedra por el agujero mientras el resto del grupo les cubría, hasta que ningún orco se volvió a asomar por allí. Solo cuando dejaron caer los escombros de una casa incendiada cercana por él, dieron por asegurado el túnel. El conde continuó sin descanso hasta el siguiente agujero, apoyado por sus caballeros que formaban un impenetrable bloque que resistía todo tipo de golpes. Reo percibió que, desde el adarve, un arquero orco había lanzado un par de flechas contra los caballeros. Y viendo cómo sus saetas salían rebotadas contra las duras armaduras de estos, había comenzado a disparar sus letales flechas contra los hombres de infantería ligera que les acompañaban. Temiendo que el arqueo pudiera herirles o matarles, el joven se separó del grupo y subió con grandes zancadas las escaleras de piedra que daban acceso al adarve y sin dar tiempo al orco a que le apuntase con su arma, le asestó un vigoroso espadazo que le dejó muerto al instante. Asomándose por un matacán, Reo vio que los orcos apostados frente a la puerta Norte comenzaban a impacientarse y advirtiéndolo que los orcos del interior no conseguían abrirla, comenzaron a lanzar sus garfios a la muralla para treparla y entrar por ellos mismos. Viendo Reo que evitar que los orcos accedieran al interior y abrieran la puerta Norte era una nueva prioridad y sabiendo que el bloque de guerreros del conde avanzaba sin agrietar su formación, decidió quedarse allí para impedir que ningún otro orco pudiera ascender y poner en peligro al conde. Así que comenzó a quitar los garfios que lanzaban los orcos desde el exterior o a cortar las cuerdas que pendían de ellos mientras sostenían a nuevos asaltantes. Pero el triunfo del conde al impedir



que los orcos accedieran al interior de la ciudad se truncó pronto, pues en el lado Oeste de la ciudad cuatro nuevos agujeros aparecieron entre las colinas y por ellos comenzaron a ascender decenas de orcos, convirtiendo su posición en crítica. Los caballeros decidieron que el conde sería más útil en retirada hacia su castillo que si se quedaba atrapado al Norte de la ciudad protegiendo la puerta, así que, abandonando a las pocas tropas que quedaban en esa zona septentrional, comenzaron su lento pero efectivo avance hacia el Sur para alcanzar el castillo. Bertrán miró hacia atrás viendo cómo Reo quedaba subido en el adarve mientras que él continuaba dando protección al conde antes de que los orcos del Oeste se organizaran y les impidiesen el paso. El azar quiso que estos prestaran su atención a la puerta Norte y no quisieran enfrentarse a ellos, sino en abrir la puerta para dar acceso al resto de la horda que esperaba fuera. Solo era cuestión de tiempo que las colinas septentrionales cayesen. Al llegar a la colina Sur, frente a la muralla de su castillo, el conde no consintió que sus capitanes dieran la voz de retirada a sus tropas desperdigadas por la ciudad, consciente de que si veían que las puertas de esa muralla interior no se abrían, se sentirían más presionados a luchar hasta el final, conteniendo a los orcos unos minutos más.



Harún se posó en su punto más alto del cielo indicando el mediodía sobre un espectáculo devastador. Las colinas del Norte de la ciudad habían caído bajo el asalto orco, y tan solo se mantenían en poder humano las torres que flanqueaban la puerta Norte y la torre barbacana. Los orcos continuaban apareciendo por los túneles del Oeste, avanzando rápidamente hacia el Este y cogiendo a los defensores entre dos frentes, machacándoles sin piedad. Hombres, mujeres y niños caían ante la marabunta orca que comenzaba a tomar sólidas posiciones





dentro de la ciudad. En cada calle, los hombres luchaban contra los orcos defendiendo cada palmo con todas sus fuerzas, ralentizando el avance orco a pesar de su gran número. Fue ya entrada la tarde cuando los orcos, derrotando a los soldados de la torre siniestra, accedieron a la puerta Norte rompiendo con sus grandes martillos las trancas que la bloqueaban, y arrancando las cadenas con las que adicionalmente las habían agarrado, consiguieron abrir las puertas interiores. No les costó mucho terminar con los pocos caballeros que protegían la puerta exterior subidos a la torre barbacana. Atacados duramente por ambos lados y superados en número por decenas de enemigos que no dejaban de aparecer, sucumbieron bajo los rebeldes que se apresuraron a abrir las puertas de par en par. Y fue solamente en ese momento, cuando el conde vio entrar una riada de orcos desde la puerta Norte, cuando hizo tocar el cuerno de retirada completa al interior de su castillo.



Las puertas de la muralla interna que coronaba la colina Sur se abrieron para dejar entrar a los exhaustos defensores, que habían logrado sobrevivir tras mantener hasta el final sus posiciones. Menos de un cuarto de los soldados y ciudadanos que habían comenzado el combate hacía unas horas cruzaron la muralla para tratar de resistir allí algún tiempo más. Roque y Bénim accedieron al patio del castillo junto con su capitán y los cuatro orcos que le acompañaban. Tras haber sido superada en varios puntos la muralla en su parte Sureste y verse incapaces de retener a los rebeldes más tiempo, no habían podido hacer otra cosa que retirarse de allí. Bertrán entró junto con el conde y su grupo de guerreros en la última posición y tras ellos se cerraron las pesadas puertas antes de que los orcos pudieran pasar.

Reo vio desolado desde la torre diestra que flanqueaba la puerta Norte, cómo la resistencia de la ciudad había quedado

reducida tan solo a la defensa de la colina Sur. Junto a una docena de soldados atrincherados en aquella torre que los orcos parecían haber dejado olvidada en su carrera hacia el castillo, solo esperaba su muerte.

El conde ordenó al puñado de capitanes que le quedaban vivos que organizaran a los supervivientes en sus nuevas posiciones defensivas, disponiéndolos a lo largo de la anular muralla para cubrir todos los frentes. A pesar de las reducidas dimensiones del último bastión humano de Isiri-Isi, los hermanos no se llegaron a ver, desconociendo si el resto todavía estaba vivo o no. El conde ascendió hasta lo alto de su torre del homenaje y se quitó el yelmo para poder respirar y ver mejor. Su sudado pelo rubio apenas se despegó de su cuero cabelludo a pesar del viento que hacía a esa altura. Los orcos rodearon rápidamente la colina Sur, manteniéndose a una distancia prudencial antes de su último ataque. Tanto los rebeldes como las tropas reales aprovecharon aquellos minutos para tomar aliento tras tantas horas de enfrentamiento. De pronto, por la puerta Norte entró caminando el general Ougt acompañado del general Guburc provocando la algarabía de sus tropas. ¡Por fin los orcos entraban en la ciudad, para borrar de aquellas colinas la historia humana tras cientos de años! Tan solo quedaba por conquistar la colina Sur, la colina que había protegido a Waldard y sobre la que se había erigido el castillo del conde. El último reducto humano de Orgul-Dur. Los generales se acercaron a las puertas del castillo acallando los gruñidos de sus soldados hasta que quedaron en silencio. Ougt gritó en orco unas palabras que fueron traducidas a la lengua humana por uno de sus orcos.

—¡Conde Galberto! Habéis luchado con valor—gritó el traductor—. Con más valor que ninguno de los vasallos de vuestro rey. No prolonguéis más la agonía de vuestros hombres. ¡Rendid Isiri-Isi ante los líderes orcos!

—Ninguno de los vasallos del rey Khron postrará su rodilla ante los orcos —gritó Galberto—. Isiri-Isi nació como una ciudad humana y morirá como ciudad humana. Como conde y caballero negro de mi rey, dejaré aquí mi vida para impedir mientras pueda que una bota invasora pise la cima de esta colina.

El traductor gritó nuevamente las palabras del conde en lengua orca para que todo el mundo pudiese oír lo que había dicho el noble.

—Y puesto que aumentar más vuestro sufrimiento queréis, desprovisto ya de todo honor, que así sea —gritó el orco traduciendo la respuesta de Ougt.

Los orcos comenzaron a organizarse observando el castillo del conde y viendo los puntos más idóneos por donde entrar. Tanto Ougt como Guburc querían asestar el último golpe recibiendo el menor número de muertos para aplastar aquel nido de ratas. Los tambores volvieron a redoblar en la distancia crispando los nervios nuevamente de los humanos. Atacar el castillo parecía a simple vista una tarea sencilla, tras haber conseguido con tanto esfuerzo superar las pertrechadas murallas de la ciudad, pero las trampas horadadas en las laderas de la colina y las gruesas fortificaciones que defendían el castillo hacían que mereciese la pena descubrir cuáles podían ser sus puntos débiles. El conde aprovechó aquellos momentos para repartir las últimas reservas de agua y alimento que le quedaban sin pensar por primera vez en el mañana. Toda la fuerza que pudiera aportarles a aquellos supervivientes, valdría para mantener un minuto más aquella colina bajo el reino y bajo manos humanas. La oscuridad volvió a envolver el cielo y Serón se asomó sobre la ciudad para disfrutar del desenlace. Su presencia revigorizó a los orcos, contentos de ejecutar su ataque final en la noche.



Reo vio por la aspillera de la torre cómo el castillo se iluminaba con la luz de las antorchas que habían colocado en la muralla y en la torre del homenaje. Por primera vez desde que llegase allí, veía las murallas de la ciudad envueltas en la oscuridad sin que ningún vigilante hiciera sus continuas rondas. Sin poder descansar, miraba atento en dirección al castillo preguntándose si sus hermanos estarían allí. En un momento de la noche la estela de una flecha con la punta arrollada en fuego fue la señal.

Los orcos comenzaron a gritar en la distancia, mientras que iniciaban un ataque concentrado en diversos puntos de la muralla del castillo al mismo tiempo. Los impactos de las piedras que eran lanzadas sobre los asaltantes volvieron a resonar en el interior de la ciudad como horas antes habían resonado por fuera de ella. Reo no pudo quedarse allí quieto viendo el ataque al castillo. Si iba a morir qué mas daba unas horas antes que unas horas después. Cuando se levantó y se acercó a las escaleras que daban acceso a la planta superior de la torre sus compañeros le miraron con incredulidad.

—No me voy a quedar aquí esperando a que venga mi muerte. Iré a buscarla yo —les dijo simplemente.

La docena de soldados que le acompañaban se miraron entre sí y se sonrieron. Efectivamente el muchacho tenía razón. Ayudarían a defender el castillo para que aguantase un poco más. El grupo ascendió en silencio hasta la planta superior de la torre y una vez allí, bajó cuidadosamente desde el adarve con la intención de ir bordeando el interior de la muralla y acercarse a la fortaleza lo máximo posible para sorprender a los rebeldes por la retaguardia, pero no avanzaron muchos metros sin ser descubiertos por uno de los cientos de orcos que había rondando por la ciudad para saquear lo que pudiera. Al verlos no

tardó en dar la voz de alarma y reunir a un buen número de orcos que aparecieron a la carrera. Reo apretó con su mano en callecida el mango de su espada y la pidió que aguantase como hasta ahora lo había hecho, ante los nuevos combates que estaban por venir y tras lanzar un grito de guerra en nombre de Khron, la docena de hombres se abalanzó sobre sus enemigos. Inmersos en la oscuridad y a los pies de la torre oriental de la puerta Norte, los valientes soldados reales combatieron contra decenas de orcos, asestando terribles golpes con sus armas, tratando de arrastrar a la muerte al mayor número posible de ellos antes de caer. Reo vio cómo a sus flancos los soldados humanos caían muertos a manos de los numerosos orcos que se les echaban encima y que comenzaron a arremolinarse a su alrededor. Y cuando creyó que solo podría asestar su último mandoble reuniendo todas sus fuerzas, sintió que el suelo volvía a ceder bajo él, perdiendo el equilibrio, y ya solo pudo ver cómo caía junto a multitud de orcos en un profundo agujero formado por el repentino desplome de una gran galería horadada bajo el suelo.

El joven no supo cuánto tiempo permaneció semienterrado en la tierra, cuánto pasó escarbando sin apenas poder respirar, ni cuánto tiempo tardó en salir de aquella profunda y oscura fosa, trepando por la pendiente entre horribles dolores. Solo podía recordar que antes de alcanzar la superficie y estando al límite de sus fuerzas, un humano tiró de él y lo sacó, y que entre las borrosas imágenes que pudo ver antes de desmayarse creyó reconocer un rostro conocido: el rostro de su conde Aelfrico.

